

BOLSILIBROS

TELECINCO

Clark Carradas

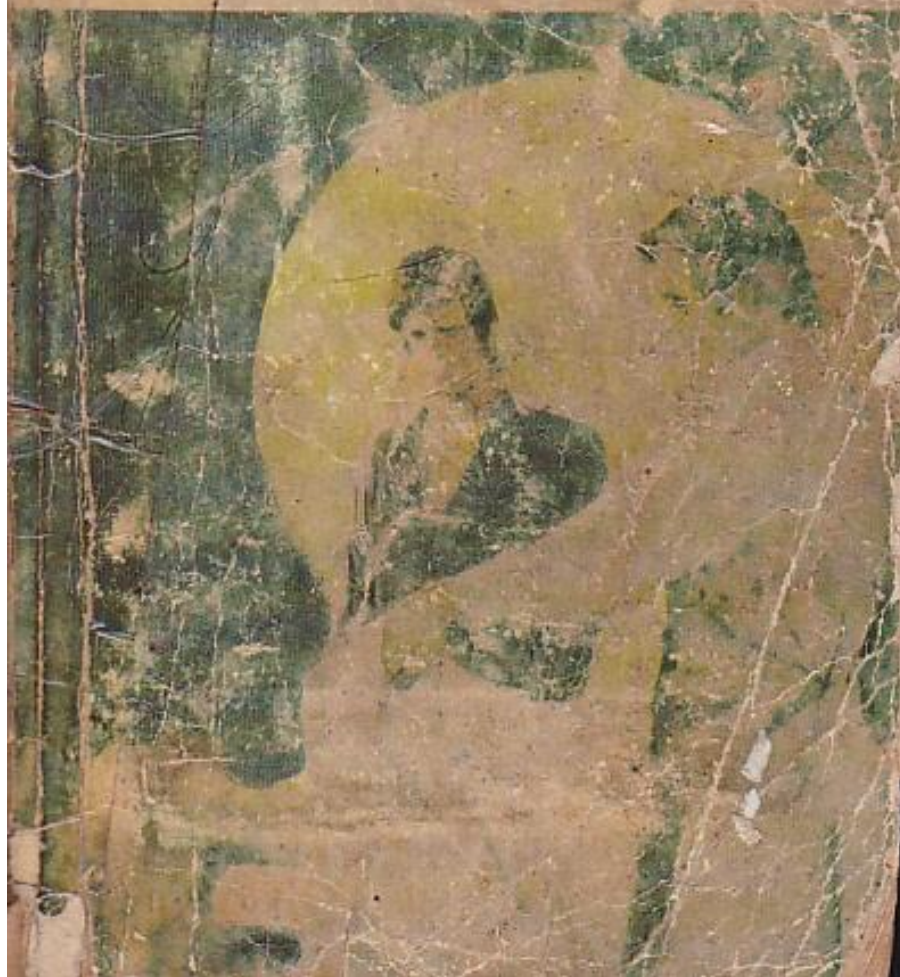


BOLSILIBROS

POLICIAGU

CLARK GARRAGE

Clark Garrage



CLARK CARRADOS

ESTACION TERMINO: EL CEMENTERIO

Colección PUNTO ROJO n.º 1.090 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO,

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.837 — El tren de los condenados.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.701 — Joven, guapa, rica... y asesina.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.088 — Sonata de furia.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02520 X Depósito legal: B. 1.354 1983

Impreso en España Printed in Spain

a

1.

edición: marzo, 1983

a

2.

edición en América: setiembre. 1983

© Clark Carrados - 1983 texto

© Desiio • 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152. Km 21.650» Barcelona 1983

CAPITULO PRIMERO

Sentado en un ángulo del salón de fumadores, Catto Brix encendió un aromático cigarro y depositó un par de billetes en la mano del camarero negro que le había servido el whisky pedido hacia unos momentos. Fuera del vagón, llovía intensamente. Las gotas de agua mojaban por completo el exterior del cristal de la ventanilla.

Las ruedas giraban suavemente. En el vagón apenas si había movimiento. Las conversaciones podían escucharse fácilmente.

A primera vista, Brix parecía un hombre de negocios que regresaba a la capital después de un viaje profesional. No lo era, aunque tiempo atrás había tenido un negocio, que se vio obligado a cerrar.

El viaje, sin embargo, se debía a otros motivos. A Brix le gustaban muy poco los aviones y el lugar del que procedía se encontraba a demasiada distancia para viajar en su automóvil. Por dicha razón, había preferido utilizar el ferrocarril, tanto para el viaje de ida como el de regreso.

Sentíase así mucho más descansado y sin la tensión lógica que origina un largo recorrido conduciendo el propio coche. Llegaría a la ciudad fresco, sin la menor señal de fatiga. Con un poco de suerte, incluso podría hacer lo que se había propuesto durante el trayecto de vuelta, aunque tampoco le importaba hacerlo al día siguiente.

O al otro, no tenía prisa alguna. Realmente, poco importaba un día más o menos.

Con el rabillo del ojo estudió al sujeto que se hallaba a pocos pasos de distancia. Brix lo conocía superficialmente, aunque harto sabía cuál era su profesión: matar a la gente por dinero. Red Corkey era un profesional del crimen.

Brix sabía que a Corkey no le importaba el arma, con tal de conseguir sus propósitos. Lo mismo le daba la pistola que el puñal, que el veneno o la bomba. El caso era ganarse el dinero que le ofrecían por una muerte.

«Están muy bien informados de mis andanzas», pensó.

Corkey había subido al tren en una de las últimas paradas. La siguiente sería ya la estación término, pero aún quedaban casi cien kilómetros. Era un tren directo, con muy pocas paradas, y en aquellos

momentos circulaba a más de ciento sesenta kilómetros por hora.

Brix trató de mirar a través de la ventanilla. La lluvia continuaba cayendo. Además, era de noche. No se podía ver nada en el exterior.

En el interior, reinaba una atmósfera cálida y confortable. Brix se arrellanó en su asiento, disfrutando del whisky y del cigarro, sin perder de vista a Corkey.

Posiblemente, el asesino estaba esperando un momento apropiado. Por ejemplo, cuando fuese al lavabo. Acaso le daría un portazo para atontarle y luego le clavaría un estilete en el corazón...

Pero no podía concluir el viaje con semejante incertidumbre. Lo mejor era acabar cuanto antes.

Con aire lánguido, se puso en pie y abandonó el coche salón, para pasar al siguiente, que era de compartimentos. Al atravesar el pasillo, miró un instante hacia atrás y ocultó una sonrisa.

Corkey se había levantado también y estaba ajustándose con gesto negligente los faldones de su chaqueta. Brix pasó a la plataforma del otro vagón y se situó junto a la portezuela, como si quisiera adivinar lo que sucedía al otro lado.

La puerta del pasillo de fuelle se abrió. Corkey apareció a la vista.

El asesino miró un instante hacia atrás. Su víctima parecía muy ocupada en tratar de ver a través del cristal.

Corkey sacó una porra corta y maciza. Bruscamente, se lanzó hacia adelante, con la mano en alto.

En el mismo instante. Brix dio un paso lateral y abrió la portezuela.

El rugido del convoy, lanzado a toda velocidad, penetró a través del hueco, junto con una turbonada de viento y agua, que no fue suficiente para detener el impulso del asesino.

Corkey gritó y seguía gritando todavía cuando saltó al vacío. El golpe de aire lo hizo volar en sentido contrario al tren durante unos instantes. Luego cayó al suelo y rebotó espantosamente, hasta estrellarse contra el tronco de un árbol que había al pie del terraplén. Hizo mucho ruido, pero nadie lo oyó.

Brix cerró la portezuela, se quitó el cigarro de la boca, sacudió la

ceniza con aire displicente y luego fue en busca de su compartimento. Nadie se había dado cuenta del incidente

Aquella noche no hizo lo que había decidido. Prefería posponerlo para el día siguiente, aunque sí hizo una llamada telefónica:

—Corkey se cayó de! tren a unos cien kilómetros del final de trayecto
—dijo lacónicamente.

No añadió una sola palabra más. Sabía que alguien transmitiría el mensaje al que había pagado a Corkey por cometer un asesinato.

* * *

Vestido con discreta elegancia, con un cigarro entre los dientes, Brix contempló las alternativas del juego en aquella elegante sala, a la que había acudido veinticuatro horas después de su encuentro con Red Corkey.

Había cambiado en la caja una única ficha de mil dólares y estaba esperando solamente el momento de apostarla a un número en la mesa de ruleta. Detrás del *croupier*, que actuaba mecánicamente, había un hombre elegantemente vestido, de pelo negro y brillante, escoltado por dos sujetos con inequívoco aspecto de guardaespaldas.

Era Phil Ganner, el propietario de la sala de juego. Brix tenía motivos para conocerle.

Ganner también le conocía a él.

Una hermosa mujer se acercó de pronto a la mesa y depositó varias fichas de distinta denominación en algunas casillas. Una de las fichas era de quinientos dólares y había sido apostada al número catorce.

Brix estudió unos instantes a la mujer, que le resultó absolutamente desconocida. No la había visto hasta entonces.

Era alta, muy esbelta, de piel morena y bronceada, con la figura de una modelo profesional. El escote de su traje era moderado por delante, pero su espalda quedaba completamente al desnudo. Brix, observador por naturaleza, se dio cuenta de que la desconocida no mostraba el menor nerviosismo y que su tranquilidad era absoluta.

Pero sólo era apariencia. Ella se mordía ligeramente el labio inferior. Externamente, dominaba sus sentimientos, aunque por dentro se hallaba sometida a una tensión cuyos motivos no alcanzaba a

comprender.

Podía tratarse de la suma apostada, pero ella parecía disponer de mucho dinero y menos de mil dólares no eran una cantidad suficiente para ponerla nerviosa. Entonces, ¿a qué se debía su alteración de ánimo?

La bola empezó a perder velocidad y pareció que iba a caer en el catorce, pero se detuvo en el trece. Entonces, la joven dijo:

—Si las trampas despidiesen olor, la atmósfera de esta casa resultaría irrespirable.

Los rumores se acallaron de inmediato. Ganner se disponía a encender un cigarrillo y cortó el gesto en seco, clavando los ojos en la desconocida, con una mirada de furia que no podía reprimir.

El *croupier* se quedó con la boca abierta, pese a estar acostumbrado a oír toda clase de comentarios. Un jefe de sala se acercó en aquel instante.

—Mike, páguele a la señora —ordenó.

—No, gracias —cortó ella desdeñosamente—. Me gusta ganar, pero con honradez.

Aceptar su dinero ahora sería tanto como aceptar una limosna.

Abrió su bolso, sacó una ficha de cien dólares y la arrojó sobre la mesa.

—Para el personal —se despidió con sequedad.

Ganner hizo un gesto con la cabeza. Dos hombres se destacaron del fondo y en pocos segundos flanquearon a la joven, haciéndola encaminarse hacia una puerta discretamente situada en el rincón. Ganner, observó Brix, continuó en el mismo sitio.

—El juego continúa, damas y caballeros —dijo el jefe de sala.

Entonces. Brix sacó su ficha de mil dólares y la apostó al veinte.

La bola se detuvo exactamente en el número veinte. El *croupier* empujó con la raqueta fichas suficientes para cubrir el pleno.

Brix recogió las fichas. Antes de separarse de la mesa, levantó la mirada.

Ganner le miraba también. En los ojos del sujeto había una expresión de cólera que dominaba con gran dificultad. Brix sonrió levemente y se encaminó hacia la caja para cambiar las fichas.

—Le extenderé un cheque, señor —dijo el cajero.

—Nada de eso, amigo. Quiero billetes de Banco, crujientes, que hagan un ruido agradable al contarlos. Déme treinta y cinco de mil y estaremos en paz.

—Bien, señor, si lo prefiere así...

—Se puede detener el pago de un cheque, ¿sabe?

Brix pronunció las últimas palabras, sabiendo que Ganner iba a pasar por su lado y que le oiría sin dificultad. No sucedió nada, aunque tampoco había esperado la menor reacción por parte del dueño.

Al cabo de unos momentos, le entregaron sus ganancias, un fajo de billetes sujetos con una gomita. El cajero le miró sonriendo especialmente.

Brix sonrió también.

—Voy a darle para una caja de cigarros —anunció.

—Muy amable, señor —respondió el empleado.

Brix sacó una tira de fósforos y la puso en las manos del asombrado individuo. El cajero seguía aún con la boca abierta, cuando el joven se alejaba ya, aunque no precisamente hacia la salida.

Se encaminó hacia la puerta por la que había desaparecido aquella hermosa mujer, que había declarado se hacían trampas en aquella casa. Puso la mano en el picaporte, hizo girar el pomo ligeramente y aplicó el oído.

—Tania —sonó la voz de Ganner—, ¿puede saberse qué diablos pretendes, acusándonos de hacer trampas?

—¿He mentado. Phil? —contestó ella tranquilamente.

—Si esto se divulga, la gente no vendrá —rezongó alguien en un rincón.

—Calla. Bart —ordenó Ganner—, Está bien. Tania, ¿cuánto quieres por tu silencio?

—¿Callar yo? Pobre de mí, si no tengo nada que decir. Ya lo dije antes, cuando me estafaron un pleno miserablemente. ¿Crees que no conozco el truco que se usa aquí para frenar la rueda cuando conviene a la casa?

—Detrás de ti ha apostado un tipo y ha conseguido un pleno de treinta y cinco mil dólares. ¿Es eso hacer trampas?

—No te has atrevido a repetir la jugada. Seguramente, ese afortunado individué me había oído y no quisiste correr el riesgo de un segundo incidente. Bien, Phil, ya hemos hablado bastante. ¿Tienes algo más que decir?

—Sí, una cosa. Tania. ¿Cuándo vas a acabar con este estúpido juego?

—Cuando me devuelvas algo que me pertenece y que está en tu poder ilegalmente.

Mientras tanto, no esperes de mí que te conceda un solo minuto de paz. Adiós. Phil.

Brix se dio cuenta de que la joven iba a salir y se apartó a un lado, simulando estar muy ocupado en encender nuevamente su cigarro apagado. Ella pasó por su lado a los pocos instantes, arrastrando con indiferencia una lujosa estola de zorro plateado.

Tenía que averiguar quién era aquella mujer y por qué sentía tanta hostilidad hacia Ganner. Pero, de pronto, captó algo que le hizo ponerse en tensión.

—Jefe. Brix ha vuelto a acertar otro pleno. Esta vez ha sido de treinta y cinco mil dólares...

—Ya lo sé, Carp —respondió Ganner—. Pero no te preocupes; pronto habrá perdido su dinero, en la próxima jugada.

—Pero si no está en la mesa de ruleta...

—Es que no va a jugar dentro de casa, hombre.

—Ah. ahora entiendo. —El sujeto soltó una risotada—. Se dará a todos los diablos cuando vea que se ha quedado con los bolsillos vacíos.

—Sí, pero esto no tendría que haber pasado, si Corkey no se hubiera caído del tren en marcha. Apareció esta mañana, a casi cien kilómetros, completamente destrozado...

Dicen que el tren marchaba en aquellos momentos a ciento sesenta por hora.

—¡Cristo! —se estremeció Carp Blackson—. Entonces, si, tuvo que hacerse una tortilla... ¿Lo tiraría Brix, jefe?

—No lo sé. y poco importa ahora. De todas formas, yo no era partidario de hacer una

cosa semejante, aunque no tuve otro remedio que obedecer. Pero, en fin, a lo nuestro...

los treinta y cinco mil dólares no tardarán en volver al sitio de donde han salido, tenedlo por seguro, muchachos.

Brix oyó aquellas últimas frases y decidió que ya tenía bastante. Con paso tranquilo, chupando tranquilamente el último tramo de su cigarro, se dirigió hacia la salida.

CAPITULO II

Llegó a la calle y caminó tranquilamente, como si no le importase nada en el mundo. A los pocos pasos, dos sujetos se situaron a sus costados y le asieron sin ceremonias por ambos brazos.

—No haga ruido —dijo uno de ellos.

—Déjese llevar sin protestar. Saldrá ganando —añadió el otro.

Brix no habló. Momentos después, los dos hampones giraron en ángulo recto y se adentraron en un callejón completamente a oscuras.

—No se resista, será mejor —dijo el primero.

—Yo les digo lo mismo —contestó Brix.

Y, de súbito, separó los brazos del cuerpo, soltándose de sus captores. Luego levantó, sucesivamente, los dos pies, clavándolos en sendos estómagos.

Dos hombres se inclinaron hacia adelante, casi simultáneamente. Brix los agarró a ambos por los cuellos y juntó los cráneos con seco golpe.

Se oyó un sordo ruido. Dos hombres cayeron al suelo desvanecidos.

Entonces, Brix se inclinó sobre ellos y empezó a actuar con sorprendente rapidez.

El callejón estaba cerrado por una alta valla de madera. Todas las prendas de ropa de los dos hampones, incluido el calzado, fueron a parar al otro lado. Cuando terminó, miró detenidamente a su alrededor.

Había algunos cajones vacíos de embalaje. En uno de ellos encontró papeles de periódicos y algunas virutas. Encendió un fósforo y lo tiró sobre el material combustible.

Una viva llamarada se elevó a los pocos momentos.

Salió corriendo del callejón, pero normalizó su paso a los pocos instantes y caminó como si no hubiera sucedido nada. Entonces, inesperadamente, oyó una voz femenina:

—Es usted un hombre devastador. ¿Cómo se las ha arreglado para desembarazarse de esos dos matones?

Enormemente sorprendido, Brix volvió la cabeza y divisó a la hermosa desconocida, sentada al volante de su coche. Ella le dirigió una sonrisa encantadora.

—¿No quiere acompañarme? —agregó.

—Espere un momento, por favor —rogó él.

Casi en el mismo instante, se vio un vivo resplandor en el callejón. Alguien emitió un grito de alarma.

Un policía corrió hacia el lugar y retrocedió vivamente en busca de un teléfono. Pero rectificó sus movimientos en el acto y penetró en el callejón, para sacar a rastras, uno tras otro-, los cuerpos de dos hombres -inconscientes y completa mente desnudos.

—¿Usted? —dijo ella.

—Tenía ganas de completar la diversión de esta noche —respondió Brix.

—Quizá la diversión no ha empezado aún —sugirió ella.

—Podemos comprobarlo, ¿no le parece?

—Entre —invitó la joven.

El escándalo se acentuaba por momentos. Se oyó a lo lejos una sirena.

Brix se acomodó junto a la desconocida.

—Me llamo Catto Brix —dijo.

—Tania Overhouse —se presentó ella, a la vez que pisaba el acelerador—. Ha ganado un pleno de treinta y cinco mil dólares, creo.

—Sí. Esos tipos querían vaciarme los bolsillos. No se atrevieron a realizar su segunda trampa de esta noche... suponiendo que usted haya dicho la verdad.

—Era cierto. Me hicieron trampa.

—Tendrá motivos para afirmarlo, supongo.

—Ganner lleva una diminuta emisora de radio en uno de sus bolsillos. Le basta presionar un botón, para emitir una señal que actúa sobre un electroimán! situado bajo la ruleta y muy bien disimulado.

—Está perfectamente enterada del truco. Tania.

—Sí, Catto. ¿Le extraña?

—Un poco, aunque no le haré preguntas indiscretas. Prefiero pensar en el final de la noche... según el modo en que considere usted la forma en que pueden divertirse dos personas de distinto sexo.

—Lo que dije fue una metáfora —respondió Tania—. Sólo quería hablar con usted, tranquilamente, sin que nadie nos molestase. En mi apartamento, claro.

—Muy bien, vamos a su apartamento —accedió él, a la vez que se arrellanaba en el asiento.

—Ganner se va a dar a todos los diablos cuando sepa que sus secuaces han sido derrotados y, además, despojados de todas sus ropas —comentó la joven.

—Se merece mucho más —aseguró Brix.

—¿Qué le ha hecho, Catto?

—¿Y a usted, Tania?

Ella sonrió levemente

—Tengo la sensación de que ninguno de los dos sentimos lo que se

llama aprecio por Ganner. Siendo así, ¿por qué no unimos nuestros esfuerzos para derrotarle de una forma que no pueda levantar cabeza jamás?

—Podría ser... si antes conociera sus motivos y llegara a la convicción de que no trata de utilizarme —repuso el joven.

—No se fía de mí —se quejó Tania.

—A decir verdad, estoy embarcado en un juego, en el que la desconfianza significa supervivencia, y no lo digo sólo en sentido metafórico, sino estrictamente real. Me comprende, espero.

—Diríase que teme por su vida —manifestó la joven.

—Anoche intentaron asesinarme, Tania.

* * *

El apartamento, aunque elegante y discretamente decorado, no parecía corresponderse con la apariencia de la joven. Brix no pudo por menos de expresar su sorpresa.

—Creí que viviría en un palacio o algo por el estilo —dijo.

—¿Por qué? Es una casa confortable, pequeña si se quiere, pero suficiente para mis necesidades —declaró Tania, a la vez que lanzaba la estola y el bolso sobre el diván—,

¿Acaso esperaba verme recibida por un mayordomo y media docena de criadas?

—Por su apariencia, así lo creía.

—Prefiero gastar el dinero en buena ropa. Catto. Mire, allí tiene el bar; sírvase a su gusto, mientras me cambio.

Ella se alejó con elegantes andares. A los pocos momentos, volvió, anudándose una bata muy corta, cuyo borde inferior quedaba a la mitad del muslo. El cabello estaba suelto; ya no llevaba aquel sofisticado peinado que parecía el adecuado para la indumentaria con la que se había ataviado aquella noche.

Brix apreció que Tania tenía unas piernas realmente preciosas. También se dio cuenta de que las estaturas de ambos eran similares.

En el rostro de Tania había desaparecido toda señal de maquillaje.

Brix vio así el rostro de una mujer joven, sana, sin prejuicios, completamente distinta de la dama distinguida a la que había conocido en la sala de juego.

—Ahora comprendo por qué derrotó tan fácilmente a aquellos dos hampones —dijo.

Tania tenía delante de sí a un hombre que no pasaba demasiado de los ciento setenta centímetros, pero, en cambio, era tremendamente fornido y con una fuerza muscular que saltaba a la vista de inmediato. El rostro de Brix le agradó; era un feo simpático... «De los que enloquecen a las mujeres sólo con mirarlas», pensó.

—No puedo quejarme de mis músculos, aunque no voy alardeando de ese don continuamente —respondió Brix.

—Pero hoy no ha vacilado en utilizar su fuerza.

—Iban a despojarme de algo que había ganado. Nunca me gustó que me quitasen lo que me pertenece.

—Es lógico. Catto, observo que no ha preparado de beber —dijo Tania.

—Sírvasse a su gusto. Yo no soy abstemio, pero me falta poco. No le prepararé una copa, porque desconozco sus gustos. Disculpe.

—No se preocupe, yo tampoco beberé. Bien, ¿qué le parece si empezamos a discutir el asunto?

—¿Qué asunto. Tania?

—Unir nuestras fuerzas para derrotar a Ganner.

—Ganner no es el único, aunque sí uno de los más relevantes.

—Yo creí que...

—Perdone —la interrumpió Brix—, pero me parece usted un poco ingenua. Aunque admita que haya averiguado algo tan interesante, como el mecanismo de freno de la ruleta, gobernado por radio. Repito, Ganner no es el único.

—Y usted quiere...

Brix se repantigó en un enorme butacón de orejeras, cruzó las piernas y sacó un cigarro.

—¿Me permite? Es mi único vicio, Tania.

—Claro —accedió ella, sonriendo—. Me gusta el aroma de los cigarros puros. Yo encenderé uno de los míos.

—¿También fuma cigarros?

—Quise decir cigarrillos, hombre.

Los dos se echaron a reír. Ella tenía una risa franca, sincera. Al natural, pensó Brix,

resultaba infinitamente más atractiva que vestida con lujosos ropajes.

—Usted está resentido con Ganner —dijo Tania, tras una corta pausa—. ¿Puedo conocer los motivos?

—Yo tenía un pequeño negocio, muy productivo. Cierta día, se me presentaron dos sujetos, exigiéndome el pago de una cantidad mensual, en concepto de «protección».

Me negué a pagar, naturalmente. A los pocos días, me sorprendieron y quisieron darme una paliza. No lo consiguieron y fue ron a parar al hospital. Un mes después, al volver del fin de semana, me encontré con el establecimiento reducido a cenizas. Eso ocurrió hace dos años. Entonces me dije que un día acabaría por desquitarme.

—¿Lo ha conseguido?

—Empecé hace cuatro meses, aproximadamente. He obtenido buenos resultados. En varias jugadas a la ruleta, he obtenido otros tantos plenos.

Tania le contempló con admiración.

—¿Cómo lo ha conseguido? Yo nunca pude...

—Es un pequeño secreto profesional, basado, sobre todo, en la observación y el cálculo del tiempo, con gran exactitud. A veces fallo, debo admitirlo, pero el porcentaje de éxitos supera en mucho a los fracasos.

—Tendría que decirme su secreto, Catto —sonrió ella.

—En otro momento. Ahora cuénteme usted sus problemas con Ganner.

—Muy bien. Hace tiempo yo creí que podía llegar a ser una estrella de

la canción. Lin promotor me firmó un contrato. Luego supe que era un, hombre de paja de Ganner. Me hizo rodar por salas ínfimas, verdaderos antros. No tuve otro remedio que acceder; el contrato me obligaba a ello. Pero cometió un grave error.

—¿Sí?

—El hombre no confiaba demasiado en mí y se encontró de repente con que yo tenía más éxito de lo esperado. El contrato era por dos años y quiso prorrogarlo a su término.

Yo «perdí» la voz y no tuvo otro remedio que resignarse.

—¿Cómo perdió la voz, Tania?

—Estuve un mes sin pronunciar una sola palabra. Un médico amigo hizo un falso diagnóstico: cáncer de garganta. Eso convenció al promotor de que perdería el tiempo conmigo y me dejó.

—Es usted una chica astuta —sonrió Brix—. Pero eso sólo, me parece, no es motivo suficiente...

—El motivo es que, al término del contrato y según sus términos, yo debería haber conseguido unos ciento cincuenta mil dólares. Sólo recibí la décima parte. El se quedó con el resto; ya sabe: gastos de propaganda y promoción, vestuario, aunque nunca me pagó el valor de un par de medias... En fin, unas cuentas absolutamente imaginarias, pero perfectamente legales.

—Y está dispuesta a recobrar lo que ganó en esos dos años.

—Al menos, trato de arruinar a Ganner. Y él lo sabe.

Brix hizo un gesto con la cabeza.

—Los dos estamos empeñados en la misma batalla, aunque, por el momento y si no le importa, prefiero actuar solo —dijo.

—No puedo forzarle a que haga algo que no le gusta. De todos modos, gracias. Catto.

El joven se puso en pie.

—Sin embargo, espero verla en otra ocasión —manifestó.

—Siempre que quiera —respondió Tania—, Y si un día me necesita, no dude en llamarme. Con toda franqueza.

—Gracias. Ah, perdone, olvidé decirle una cosa.

—¿Si. Catto?

—Ganner, a su vez, es un hombre de paja de alguien a quien no conozco y al que en dos años no he podido identificar. Es un hombre muy poderoso, pero nadie sabe quién es.

—Le gusta manejar los hilos en la sombra, como suele decirse.

—Así es. De todas formas, creo que tengo una pista.

—¿De verdad?

—Los dos hampones que vinieron a verme la primera vez se marcharon hace tiempo de la ciudad, para cambiar de aires. Parece ser que estaban involucrados en un asesinato y no estaban muy seguros de su porvenir. Ahora han vuelto; alguien se ha preocupado de echar tierra al asunto.

—Hay mucha podredumbre en esta ciudad —suspiró Tania.

—Eso es algo que no podemos evitar —dijo él—. Pero, por lo menos, algunos tipos empiezan a saber que no se pueden gastar ciertas bromas al hijo de mi madre.

—Estoy segura de ello —sonrió la joven—. Catto, presiento que va a intentar hablar con esos dos matones —añadió.

—En cuanto los localice con exactitud. Sé que han vuelto, aunque ignoro por el momento su paradero.

Tania le miró fijamente.

—Apostaría algo a que tiene confidentes...

—No sea curiosa —rió Brix—. De todos modos, antes de hablar con esa pareja de granujas, quiero hacer algo que me interesa mucho más. Le propongo una cosa, Tania.

—A ver, dígame.

—Dentro de un par de días, la llamaré para que me acompañe al salón de juego de Tewen Lark. En apariencia, es independiente de Ganner, pero sé que forman parte de la misma organización.

—Muy bien —aceptó ella—, ¿Qué haremos en el salón de Lark?

—Jugar. Y ganar sendos plenos. ¿Le parece bien?

—Estupendo —respondió Tania entusiasmada.

CAPITULO III

Estaba terminando un bocadillo de carne picada con cebolla, regado con una jarra de cerveza, cuando alguien se sentó a su lado y pidió de beber.

Brix no volvió la cabeza siquiera. El otro tomó un trago de cerveza y luego dijo entre dientes:

—Catto, pon cinco billetes en mi bolsillo.

—La noticia merece la pena, supongo —contestó Brix de la misma manera.

—Voy a darte las señas de Jim Lamarr.

—Te has ganado quinientos «pavos», en efecto.

Cinco billetes de a cien cambiaron de dueño. Brix pagó su gasto y salió a la calle.

Un poco más allá, divisó una cabina telefónica. Entró, depositó una moneda en la ranura y esperó unos instantes.

—Tania? —dijo, cuando hubo conseguido la comunicación—, Catto. Esta noche, a las diez. ¿Le parece bien?

—Estupendo, Catto —contestó ella.

—No hace falta un atavío tan lujoso. El salón de Lark no tiene la elegancia del de Ganner.

—Entiendo. Hasta luego.

Brix abandonó la cabina y luego, mientras caminaba apaciblemente, encendió uno de sus cigarros. Vestía ropas corrientes, sin corbata, y podía pasar por un tipo corriente, aunque satisfecho de la vida.

Media hora más tarde, tocó con los nudillos en una puerta. Al ver que no le contestaba nadie, se decidió a entrar sin permiso de su dueño.

Durante un buen rato, se entregó a la tarea de registrar el apartamento. Al cabo casi de una hora, y tras un panel de madera que

estaba hábilmente disimulado, encontró una libreta con direcciones, varios fajos de billetes, que sumaban en total unos doce mil dólares y una pistola con un cargador repleto de balas.

Sin el menor escrúpulo, se guardó la libreta y el dinero. Extrajo los proyectiles del cargador y dejó el arma en su sitio. Luego buscó un cómodo sillón y se sentó a esperar.

Tuvo tiempo, incluso, de dormir un par de horas. Cuando despertaba, oyó el ruido de una llave en la cerradura.

El sillón era de respaldo muy alto y se hallaba situado en tal posición, que el recién llegado no le vería hasta que pasara al otro lado. Brix no se movió de su sitio.

Jim Lamarr entró en el apartamento y se encaminó rectamente hacia el escondite. Al abrirlo y ver que sólo había una pistola, lanzó un rugido de rabia.

Tenía en la mano un fajo de billetes que, evidentemente, se disponía a guardar allí, pero la desaparición del dinero y de la libreta le habían desconcertado. Sin pronunciar una palabra, Brix pudo apreciar también el miedo en el rostro del hampón.

Repentinamente, antes de que pudiera decir nada, volvió a sonar el ruido de la puerta al abrirse. Lamarr se volvió como herido por el rayo.

En el mismo instante, divisó a Brix. Pero no tuvo tiempo de dirigirle la palabra.

El recién llegado dijo:

—Tengo un recado para ti, Jim. De parte del jefe, naturalmente. No le gusta que le defrauden en las cuentas.

Lamarr extendió las manos.

—No, por lo que más quieras...

Brix se preguntó qué iba a pasar. Un ruido sordo interrumpió a Lamarr.

En el pecho del hampón apareció un rojo orificio. Brix comprendió que alguien le había disparado con silenciador.

Lamarr cayó de bruces. El joven permaneció en el mismo sitio. El

asesino no se había dado cuenta de su presencia. Si le veía, podía darse por muerto.

Durante un segundo, pensó que el asesino se marcharía inmediatamente, pero no ocurrió así. Brix oyó pasos cautelosos.

Un hombre, todavía con la pistola en la mano, se acercó lentamente, inclinándose un poco hacia el caído. Entonces, Brix, actuando con enorme rapidez, saltó sobre el asesino y le asestó un terrible golpe en la nuca.

El hombre se desplomó sin sentido sobre su víctima. Brix se inclinó un poco y comprobó que Lamarr estaba muerto.

Tenía cierta experiencia y sabía que el asesino, cuyo nombre no le importaba por el momento, dormiría un buen rato. El suficiente para que llegaran los policías encargados de su arresto, se dijo, mientras abandonaba el apartamento con aire completamente natural.

* * *

—¿Estoy bien así? —preguntó Tania, al acercarse al coche que aguardaba junto a la acera.

—Arrebatadora —sonrió Brix—. ¿Por qué no seguiste la carrera de cantante?

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Me gustaría.

—Espera un poco, por favor.

Tania vestía un sencillo traje de color azul oscuro, con algunos vivos blancos. El bolso y los zapatos hacían juego. Su pelo estaba peinado con más sencillez que el día del primer encuentro.

Brix abrió la portezuela del coche. Momentos después, lo hacía arrancar en dirección a la sala de juego de Tewen Lark.

—Tenías que decirme algo, creo —la recordó poco después.

—Catto, yo no habría llegado a ser nunca una auténtica estrella. No me gustan las medianías, ¿comprendes?

—Sí, aunque muchas mujeres se darían por contentas con ganar setenta y cinco mil dólares anuales.

—Tal vez yo hubiera continuado, de no haber dado con aquel tiburón. Pero no fue así y no lo lamento.

—Son formas de pensar. ¿Sabes que han asesinado a uno de los tipos que me atacó la primera vez que tuve noticia de esta organización?

—¿Hablas en serio, Catto? —se asombró ella.

—He presenciado el asesinato «en directo».

—Has visto cómo lo mataban...

—Sí.

—¿Te han visto a ti?

—El asesino ha sido arrestado ya y aún no sabe quién lo dejó sin sentido, después de cometer su crimen.

Brix explicó sucintamente lo ocurrido. Luego, ella le hizo una pregunta:

—Has encontrado una libreta y doce mil dólares. ¿Qué piensas hacer?

—Estudiaré a fondo el contenido de la libreta. En cuanto al dinero... tengo una idea, pero no quiero decir nada, hasta que haya terminado la primera parte de esta tarea.

—El estudio de la libreta, has dicho.

—Exactamente.

—¿Tardarás mucho?

—No tengo prisa. Tania.

—Hay algo que me gustaría saber, Catto —dijo ella de pronto.

—Si puedo complacerte...

—Dijiste haber conseguido varios plenos, si no recuerdo mal.—Dos de mil dólares y tres de quinientos.

—Eso suma... —Tania hizo unos cálculos mentales y añadió—: Algo más de ciento veinte mil dólares, Catto.

—Así es.

—Dime, ¿qué piensas hacer con tanto dinero?

—La pérdida de mi negocio me costó más de ochenta mil dólares, casi todo mi capital.

Lo he recuperado, claro, pero también he tenido muchos gastos en estos dos años.

—Comprendo. Gracias. Catto.

—No se merecen. Ya sabes, siempre a tu disposición.

—Digo lo mismo —sonrió ella.

—¿De veras?

—Hombre, claro que si...

Tania se interrumpió bruscamente.

—Eh, no tomes mis palabras en otro sentido —exclamó, alarmada.

Brix soltó una risita.

—Y yo que creí haber hecho una conquista —dijo, con fingido dolor.

—No soy lo que piensas, Catto —se defendió ella.

—Dispensa, no quise enojarte.

—Pero si hubieras dicho otra cosa...

—El cazador, cuando ve la liebre, dispara. Tania.

—Ah, te consideras un cazador.

—No, aunque si se presenta la oportunidad, no la desaprovecho.

—Nuestra alianza no incluye ciertas... concesiones, Catto.

—No te lo he pedido tampoco, aunque, al menos, habrás de permitirme que lo lamente. ¿No vas a concederme siquiera el derecho a la aflicción?

Tenia se echó a reír.

—Eres un tipo muy original. Catto —dijo—. Apostaría a que muy pocas mujeres se te

resisten.

—Ya te he dicho que nunca desaprovecho la ocasión. De todas formas, no me paso la vida correteando detrás de unas faldas. Soy un hombre absolutamente normal; no repudio el sexo, pero tampoco me dejo llevar por la obsesión. ¿Lo entiendes?

—Sí, desde luego. Catto. ¿qué te parecería si cambiásemos de tema?

—Muy bien. Vamos a hablar de mi plan para esta noche en casa de Lark —respondió Brix.

* * *

El público, apreció Tania inmediatamente, no tenía la misma categoría que el que asistía a la sala de Ganner. No se veían rostros patibularios ni tampoco gente mal vestida, pero la diferencia de clase entre unos y otros saltaba inmediatamente a la vista.

Durante unos momentos, vagaron por las salas donde se apostaba el dinero a diferentes clases de juego. Al cabo de un buen rato, se acercaron a una mesa de ruleta.

—Apuesta unos cientos —aconsejó Brix—. No te importe perder el dinero, yo te reembolsaré luego las pérdidas.

—Está bien.

Tania se había provisto de varias fichas, que sumaban en total unos dos mil dólares.

Mientras jugaba con aire displicente, se dio cuenta de que el joven consultaba su cronómetro con cierta frecuencia.

Pasada media hora, Tania había perdido casi todo su dinero. Entonces, inesperadamente. Brix puso una ficha de doscientos dólares al nueve.

La bola se detuvo en el nueve. Hubo exclamaciones de asombro. Las ganancias del joven ascendían a siete mil dólares.

Brix retiró todas las fichas, excepto una de mil, que dejó en el treinta y cuatro. La noticia de que se había conseguido un pleno se había extendido y la gente se agolpó en torno a la mesa de juego.

Tewen Lark llegó también, acompañado de dos sujetos malcarados. Lark era un hombre gordo, calvo, con un enorme bigote. Casi continuamente estaba usando un pañuelo para enjugar el sudor que no

cesaba de barnizar su rostro.

El *croupier* anunció que se jugaba de nuevo y lanzó la bola. La expectación era enorme.

Brix pudo darse cuenta de que, al menos, media docena de personas de ambos sexos, habían apostado también a su número. Era, precisamente, lo que había planeado.

La bola empezó a dar vueltas. Todas las respiraciones se detuvieron y se hizo un silencio total.

Al cabo de unos segundos, la bola empezó a perder fuerza. Decenas de pares de ojos vieron que la bola se acercaba al número treinta y cuatro.

Tania estaba fascinada. «Acertará otro pleno», pensó.

Pero no ocurrió así. Inexplicablemente, la bola se detuvo en el treinta y tres durante un instante, luego dio un pequeño saltito, se detuvo otro poco en el número siguiente y acabó por caer en el treinta y cinco.

—Claro —dijo Brix venenosamente, antes de que nadie pudiera pronunciar una sola palabra—, ya sabía yo que no podría ganar la segunda vez. Si lo que ha pasado aquí no es una maldita trampa, me gustaría que alguien me explicara satisfactoriamente lo ocurrido.

Al hablar, miraba a Lark. El dueño del salón de juego tenía la boca abierta, sin comprender en absoluto lo que ocurría.

Alguien, repentinamente, lanzó un grito de furor:

—; Aquí se hacen trampas!

—Está claro, nadie puede ganar jamás —gritó otro.

—¡Ladrones, ladrones! —chilló una mujer.

Lark no sabía qué hacer. De repente, varias manos levantaron la mesa de ruleta y la volcaron con gran estruendo. El *croupier* quedó atrapado debajo y aullaba frenéticamente.

Una oleada de furia demencial pareció invadir a todos los presentes. Los muebles empezaron a volar por los aires. Había varios espejos y saltaron en mil pedazos cuando los enfurecidos clientes empezaron a arrojar contra ellos toda suerte de objetos.

Media docena de hombres se lanzaron sobre Lark y sus secuaces y empezaron a pegarles. Dos de ellos empleaban sendas patas de silla para satisfacer así la que estimaban justa cólera.

De súbito, un alud de gente se lanzó contra la cabina donde se hallaba el cajero. Estaba protegida por recias barras de metal dorado y tenía una estructura muy sólida, pero resultó insuficiente ante la rabia de los clientes que se consideraban defraudados.

El escándalo era enorme. La cabina del cajero quedó destrozada en pocos instantes.

Decenas de manos buscaron billetes con avidez.

Brix entendió que había llegado la hora de la retirada y agarró el brazo de Tania.

—Larguémonos —dijo.

Ella se dejó llevar. Cuando salían a la calle oyeron a lo lejos el aullido de la primera sirena policial.

CAPITULO IV

—Hoy sí aceptaré una copa; la estoy necesitando —dijo Brix, una vez de vuelta en el apartamento de la joven.

Tania llenó dos copas, le dio una y se sentó en el diván, con las piernas bajo el cuerpo.

—Parece que haya pasado una manada de búfalos en estampida por la casa de Lark —

comentó—. Apostaría algo a que era eso lo que estabas buscando, Catto.

—Ganarías —sonrió él.

—¿Sabías que iba a haber trampa?

—La preparé yo, claro que después de haber ganado un pleno. No iba a perder la noche, por supuesto.

—¿Tú... preparaste la trampa? —se asombró Tania.

—En efecto, así fue.

Brix encendió uno de sus sempiternos cigarros. Exhaló el humo placenteramente y dijo:

—Fuiste tú la que me dio la idea, cuando me hablaste del truco de Ganner. Entonces, preparé algo similar en la mesa de ruleta de Lark.

—Pero... tuviste que entrar allí... cuando no había nadie...

—Alguien entró y lo hizo. Ya te dije que tenía bastantes gastos.

—Creo que comprendo —sonrió Tania.

—De todos modos, Lark hacía trampas, si la puesta era muy grande. Naturalmente, de una forma mucho más disimulada. Yo lo hice de modo que todo el mundo pudiera verlo.

De otra manera, no habría dado resultado.

Ella meneó la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Eres un enemigo difícil, Catto. Pero tengo la sospecha de que

algunos de los gritos contra Lark no resultaban del todo espontáneos.

—Tengo amigos. Algunos se prestaron a la comedia. Sólo esperaban que yo dijera que se hacían trampas.

—¿Quiénes son?

—Por ahora, prefiero que lo ignores. Sólo te diré que aceptaron encantados, porque también ellos han tenido que sufrir las consecuencias de la voracidad de Ganner.

—Comprendo. En resumidas cuentas, tú pretendes derrotar a Ganner...

—En realidad, lo que quiero es hacerte perder la moral, a él y a todos los demás miembros de la organización. Entonces, me resultará más fácil saber quién es el jefe al que nadie conoce.

—Insistes en que hay un jefe...

—No te quepa la menor duda. Es más, yo mismo se lo escuché a Ganner. Incluso, en cierto modo, le tengo que estar agradecido, porque no quería que me asesinaran. Claro que no le quedó otro remedio que obedecer y contratar a Red Corkey, pero, al menos, se le vieron las buenas intenciones.

—Sin embargo, hizo que asesinaran a Lamarr.

—Eso ya es distinto, suponiendo que diese él la orden. Lamarr era uno de los

«recaudadores» y se embolsaba parte de los «impuestos».

—Un defraudador del Tesoro —rió ella.

—Sí, aunque las sentencias que impone esta gente son mucho más duras que las de un tribunal regular. Bien, creo que debo marcharme. Tania.

—Catto, ¿me gustaría saber cuál será tu siguiente paso.

—En primer lugar, estudiar a fondo la libreta de Lamarr. Después... bueno, ya te diré algo.

—¿Cuándo?

Brix tenía ya la mano en el tirador de la puerta.

—Te avisaré, Tania. Buenas noches.

—Buenas noches, Catto.

La joven se quedó sola, un tanto defraudada porque Brix no había mostrado el menor interés hacia ella. «¿Y por qué iba a demostrarlo, si sabía que tú rechazarías cualquier insinuación en ese sentido?», reconoció poco después.

Pero ello no la libró de cierto sentimiento de despecho que le amargó la noche en buena parte.

* * *

Count Wilmont abrió la puerta de su apartamento, entró, cerró y luego dio unos pasos antes de detenerse, como clavado al suelo por los pies.

—¿Qué diablos hace aquí? —preguntó de mal talante.

Brix contempló al sujeto a través de las nubes azuladas de su cigarro. Sonreía apaciblemente y tardó algunos segundos en contestar.

—Siéntate, Count. Tenemos que hablar —dijo al cabo.

—Usted y yo no tenemos nada que decirnos...

—Te equivocas. Hemos de hablar... de Jim.

—Está muerto. Le pegaron un tiro.

—No me das una noticia fresca, Count —se quejó el joven.

—¿Y qué diablos quiere que le diga? El nombre del asesino ha salido en los periódicos.

—Pero los periódicos no dicen nada del hombre que ordenó la muerte de Jim.

Wilmont se encogió de hombros.

—Se lo tenía bien merecido —gruñó.

—Parece que aplicaba un «impuesto» particular a los que cobraba de los desgraciados a quienes alguien explota en la ciudad, ¿no es así?

—Yo no sé nada de ese asunto —gruñó Wilmont.

—Count, a otro perro con ese hueso. Hace dos años, tú y Jim vinisteis a mí, para que os pagara cierta «protección». Os envié primero al diablo y al hospital la segunda vez.

Luego, alguien me quemó el negocio y yo me quedé en la ruina. Y todavía tienes la desvergüenza de decirme que no sabes nada...

—Oiga, ¿por qué no habla con Ganner?

—Ganner es sólo el tipo que da la cara. A mí me interesa el que da las órdenes a Ganner y al que nadie conoce.

Wilmont se encogió de hombros.

—Yo no sé nada —insistió—. Estas cosas son muy... reservadas. compréndelo. Hay alguien muy arriba y da las órdenes y los demás obedecemos, eso es todo.

Brix sintió una vivísima repugnancia hacia aquel sujeto, que era capaz de cualquier cosa por dinero. Por un instante, lamentó no tener a mano una pistola. «Le metería un par de balas en las tripas...», pensó.

Pero casi inmediatamente, se alegró de estar desarmado.

—Está bien, ya hemos hablado bastante... por hoy —dijo. a la vez que se ponía en pie—

Pero volveremos a vernos, Count — prometió.

Wilmont no dijo nada. Sin embargo, cuando el joven pasaba por delante de él, metió la mano en el interior de su chaqueta.

Brix reaccionó fulgurantemente. Con el brazo levantado, horizontal, rígido como un garrote, giró en redondo. El revés de su mano chocó contra la boca de Wilmont con tremenda violencia, despidiéndolo al otro lado de la estancia.

Se oyó un rugido. Wilmont cayó de espaldas, con la boca chorreante de sangre y casi sin sentido. Incapaz de hacer el menor movimiento, no pudo evitar que su visitante se marchase sin sufrir el menor daño.

* * *

Los dos hombres entraron en la tienda de licores y se dirigieron rectamente al mostrador.

—Hola —dijo Emil *el Gordo*.

Era un hombre de gran corpulencia y casi dos metros de alto. Pesaba ciento veinte kilos y, aunque pesado de movimientos, resultaba temible tan sólo con su apariencia.

El hombre que le acompañaba, Bart Diggon, tenía un aspecto más normal y no ofrecía ningún detalle de relieve, a excepción del bulto qué se le apreciaba bajo la chaqueta, en el lado izquierdo. Sonriendo, se apoderó de una botella y la contempló al trasluz.

—Ya sabe a lo que venimos, señor Anders —añadió.

—Sí, desde luego —respondió el dueño de la tienda—. Son ciento cincuenta, ¿no?

—Exacto.

Anders abrió la caja registradora, sacó unos billetes, los contó y los entregó a Diggon, quien los guardó placenteramente.

—Muy amable, señor Anders —dijo—, Gracias por su cooperación.

Diggon dejó la botella en su sitio y movió una mano.

—Andando, Emil.

Los dos hampones abandonaron la licorería. Entonces, Brix apareció por una puerta trasera.

Anders se volvió.

—Catto, gracias...

El joven le interrumpió con un ademán.

—No se merecen, señor Anders —dijo—. Perdone que no siga, pero tengo prisa. Nos veremos otro rato.

—Cuando vuelva le daré una botella de lo bueno, Catto —gritó el comerciante, en el momento en que Brix cruzaba el umbral de la puerta.

Un cuarto de hora más tarde, Diggon y el Gordo entraban en una tienda de ropas de señora. Una mujer joven, de unos treinta años, de cuerpo muy atractivo, les miró sin de-

masiado entusiasmo

—Sé a lo que vienen —dijo.

—Lo siento, muñeca; son cosas que pasan en esta vida —contestó Emil cínicamente.

—Eso es un chiste sin ninguna gracia —contestó Polly Olden—. Bien, creo que son doscientos, ¿verdad?

—Acertó, señora —rió Diggon.

Polly les entregó el dinero y los dos hampones se marcharon. A los pocos momentos, unas cortinas se movieron al fondo y Brix se hizo visible.

—No ha habido dificultades —sonrió él.

—No, pero me pongo frenética sólo de pensar que... Esta vez me has dado tú el dinero, pero eso no puede continuar eternamente, Catto.

—Lo sé, Polly. Un día, sin embargo, acabaremos con esta plaga.

—Lo dudo mucho. Es una enfermedad que no tiene cura...

—Sí, tiene cura, pero no se consigue la salud en un día. Bueno, tengo que marcharme.

—Espera un instante —pidió ella—. ¿Por qué no vienes a cenar a mi casa. Catto?

Brix se volvió, sorprendido.

—Tú nunca invitas a nadie a tu casa —dijo.

—Nadie me prohíbe hacer una excepción —sonrió Polly.

—Quizá llegue un poco tarde...

—No tengas prisa, pero ven.

Brix asintió.

—Te prometo ir —repuso.

—Estaré aguardándote, Catto.

El joven salió a la calle. Todavía no acababa de creer en su buena suerte. Todo el mundo decía que Polly Olden era inconquistable y, de

repente, él, sin hacer el menor esfuerzo...

Pero antes de ir a cenar con Polly tenía que hacer otras cosas.

* * *

Diggon recogió el último puñado de billetes, lo metió en una cartera de mano, se despidió del dueño del negocio y salió a la calle, en compañía del Gordo.

—Hemos tenido un buen día —dijo Emil, satisfecho.

—No se ha dado mal, en efecto —convino Diggon. a la vez que lanzaba un profundo suspiro de alivio—. Pero hemos tenido que patear mucho...

—Es la «profesión» —rió el otro cínicamente, a la vez que abría la portezuela del coche—. ¿Cuánto crees que hemos recaudado, Bart?

—¡Hum! Cuarenta visitas, más o menos, a ciento cincuenta o doscientos de promedio .

Unos siete mil dólares, pero tengo que echar las cuentas todavía. Sin embargo, hay algo que me preocupa enormemente.

—¿Sí?

—Ninguno ha protestado lo más mínimo. Todos han pagado sin rechistar. ¿Es que no lo has visto?

—Tienes razón —Emil puso el coche en movimiento—.

Pero debe de ser porque es inútil toda resistencia y ellos lo saben muy bien.

—A pesar de todo, alguno tendría que habernos insultado; otras veces nos tiran el dinero a la cara... Hoy no ha pasado nada de eso y, francamente, no lo entiendo.

—Bueno, han pagado y eso es lo que importa, ¿no?

—Claro. De todas formas, se lo diré al jefe. A él le gusta conocer todos los detalles.

Siempre quiere estar bien informado. Emil.

—Todavía tienen que decirle más cosas, muchachos —sonó de pronto

una voz a espaldas de los dos hampones.

Emil y Diggon se sobresaltaron terriblemente. Antes de que tuvieran tiempo de reaccionar. Brix agregó:

—Tengo una pistola en la mano. Dispararé contra el que haga el menor gesto sospechoso.

Hubo un instante de silencio. Luego. Diggon gruñó:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Brix. Eso contesta a la primera pregunta. En cuanto a la segunda, lo sabrá ahora mismo. Déme la cartera con el dinero.

Diggon apretó el portafolios con las dos manos. En el mismo instante, sintió en el cuello el contacto de algo frío.

—Bart, usted no conduce, así que no hay riesgos de accidente —dijo el joven heladamente—. Piénselo bien y déme la cartera.

Diggon se resignó y cumplió la orden.

—Ahora, uno tras otro, las pistolas. Por el cañón y con todo cuidado. Estoy un poco nervioso y no respondo de mí.

Brix movió el cañón unas cuantas veces sobre el cuello de Diggon. El hampón lanzó un chillido de pánico.

—¡No! Aparte ese maldito chisme...

—La pistola. Bart. A ti te digo lo mismo. Gordo.

—Al jefe no le gustará —rezongó Emil, cuando entregaba su revólver por encima del hombro.

—El jefe puede irse al diablo, por lo que a mí respecta —contestó el joven con toda desenvoltura—. Para, Gordo.

Emil obedeció y arrimó el coche a la acera. Brix se apeó y pasó por delante del morro rápidamente. Agitó una mano en señal de despedida y echó a correr a lo largo de la acera.

—¡Vamos, síguele! —aulló Diggon.

Emil apretó el acelerador. En el mismo instante, se oyó un fuerte silbido. La rueda delantera derecha se deshinchó casi de golpe.

A veinte pasos. Brix se volvió y, llevándose el pulgar de la mano derecha a la nariz, hizo un gesto de burla, sacando la lengua al mismo tiempo. Demasiado tarde, Diggon comprendió que el joven había puesto algún clavo bajo la rueda del coche.

Casi se echó a llorar, pero, más que nada, porque pensaba en la reacción de Ganner y tenía miedo.

CAPITULO V

Polly abrió la puerta y contempló estupefacta el enorme ramo de flores que parecía sostenerse en el aire.

—Yo estoy detrás —sonó una voz de hombre.

Polly se echó a reír.

—Has arrasado la floristería —dijo.

—Tú no te mereces menos —contestó Brix, a la vez que le entregaba las flores—. Siento haber llegado tarde, pero no pude venir antes.

—Hay fiambres y vino a refrescar. Caíto.

—Luego. Ahora, por favor, te agradecería una copa.

—En seguida. Siéntate.

Brix se quitó la chaqueta. Divertidamente, se preguntó qué habrían hecho los dos hampones de haber sabido que les había amenazado con una pistola de juguete.

No valía la pena pensar en ello, se dijo. Encendió un cigarro y esperó a que Polly llegase con la copa.

—Siéntate —indicó—. Quiero hablar contigo, por favor.

—Sí, Catto.

Ella se había puesto una bata corta, cerrada de cuello, de amplias mangas, pero de un tejido que no era totalmente opaco. Debajo, Brix pudo apreciar las sombras de unas prendas íntimas de muy pequeñas dimensiones.

—Quiero que me hagas un favor, Polly. No te comprometerá a nada, por supuesto.

—¿De qué se trata?

—Ya has visto lo que ha pasado hoy. Tenías que pagar doscientos dólares y yo te he dado el dinero.

—Te lo devolveré en cuanto me sea posible.

—No tienes que devolverme nada. Ya lo he recuperado.

Polly saltó en su asiento.

—¿Cómo es posible? —exclamó.

—Te lo contaré luego. Lo que quiero es que sondees a la gente del barrio, a todos los que tienen un negocio, por supuesto. Sin prisas, sin demostrar un excesivo interés ni tampoco demasiada furia contra los extorsionistas. Muéstrate más bien resignada, aunque sí puedes quejarte del dinero que te roban y contra lo que te sientes impotente.

¿Comprendes?

—Desde luego. ¿Qué más, Catto?

—Para entrar en materia, incluso, puedes hacer algunas compras. Yo te daré el dinero necesario, pongamos quinientos dólares. ¿Hace?

—No comprendo lo que pretendes, pero lo haré, te lo prometo.

—Sobre todo, sé discreta. Procura que los otros hablen siempre más que tú.

¿Entendido?

—Sí, aunque hay una cosa que me gustaría saber...

—¿Qué, Polly?

—.¿De dónde has sacado el dinero que me dejaste hoy? Porque he oído un par de

comentarios y sé que no he sido la única, Catto.

—¿Quieres saber la verdad. Polly? —sonrió él.

—Me muero de curiosidad.

Bruscamente, los brazos del joven rodearon la cintura de Polly y su boca buscó la de ella.

Polly no hizo el menor gesto de resistencia.

Después de un largo beso. Brix dijo:

—Tenemos tiempo de hablar toda la noche... a menos que me echés

ahora de tu casa.

—¡Ni lo sueñes! —contestó Polly con gran vehemencia—. Ven —se puso en pie y tiró de la mano de su invitado—. Vamos a un sitio donde se puede hablar con más comodidad.

—¿Sólo hablar, Polly?

—Habrá de sobra tiempo para todo, Catto —dijo ella ardientemente.

Mucho más tarde. Polly estalló en una gran carcajada, cuando Brix le contó lo que había hecho con los hampones.

—No me lo puedo creer —dijo, con las lágrimas resbalándole por las mejillas—. Tú nos prestas el dinero para que paguemos a esos tiburones y luego vas y se lo quitas. Bueno, es que lo dices por ahí y nadie se lo cree...

—Polly, no es necesario que lo cuentes a nadie —aconsejó él con cierta severidad.

—Perdona, pero es que no pude contenerme. Por supuesto, seré discreta, pero, al menos, déjame reír un poco. Después de tanto tiempo de llorar, bien merezco un poco de alegría, ¿no crees?

Brix se puso serio.

—¿Todavía lo echas de menos? —preguntó.

Las facciones de la joven se atirantaron repentinamente.

—Se marchó hace dos años, sin dar explicaciones, sin decirme nada, sin dejar una nota siquiera. En estos momentos, no sé dónde está ni si sigue con vida o ha muerto. He esperado demasiado tiempo, Catto. Creo que tengo derecho a rehacer mi vida.

—No lo dudo en absoluto. Y si alguien tiene que recibir reproches, es él y no tú.

—Catto, después de dos años, hoy es la primera vez que yo...

Brix acarició las tersas mejillas de la joven. Luego apoyó una de las suyas en el pecho perfumado, cálido, turgente.

—Tienes derecho a ser feliz —murmuró.

Lentamente, alzó la cabeza y buscó sus labios. Polly le abrazó con

todas sus fuerzas y los dos se sumergieron en un estallante océano de pasión, que habrían deseado no tuviera fin nunca.

Al cabo de un largo rato, ella dijo:

—Catto, estaba pensando en Ganner. No le gustará la jugada que le has hecho esta noche.

—Precisamente lo hice por eso. Sí, sé que se pondrá furioso, pero no es la última jugada. Me debe mucho más y pienso hacérselo pagar, hasta que en la ciudad se llegue a olvidar algún día el nombre de Ganner.

* * *

Ganner se paseaba furiosamente por su lujoso despacho, lanzando de cuando en cuando rabiosas miradas a sus dos secuaces. De pronto, se detuvo, con las manos en los costados, y apretó los labios.

—Así que ese maldito Brix os ha birlado la recaudación de esta noche.

—Tenía una pistola —gimoteó el gigantesco Emil.

—La apoyó en mi nuca... Estaba muy nervioso; yo sentía que el cañón del arma temblaba... Caramba, jefe; si se hubiera visto usted en mi situación... —dijo Diggon, aún no repuesto del susto que había pasado.

Ganner acabó por comprender que, realmente, sus subordinados no habían podido hacer otra cosa. Los reproches, se dijo, de poco servirían ya, una vez consumado el despojo. Lo que convenía era hacer algo, para evitar que se repitiera la operación.

—Y, además, se llevó treinta y cinco mil dólares en su última visita —masculló furiosamente.

Más los siete mil y pico que había perdido aquella noche, más los doce mil que calculaba le había defraudado Lamarr, sin contar con las pérdidas de la sala de Tewen Lark, que había quedado completamente destrozada.

—Al jefe no le gustará nada —añadió—. En fin, no os preocupéis; yo me enfrentaré con él.

—Señor Ganner, perdone, pero quisiera decirle una cosa —manifestó Diggon.

—¿De qué se trata. Bart?

—Hoy ha pasado algo muy curioso. Cuando pedíamos el dinero, nadie protestaba, nadie formuló la menor objeción. Algunos nos cubren de insultos, pero nosotros no contestamos nunca, con tal de que paguen. Otros nos tiran los billetes a la cara, pero hoy no ha pasado nada de eso. Ni siquiera el viejo Pabst ha dicho una sola palabra, y eso que es un hombre que parece tener vitriolo en la lengua.

—¿Has dicho Pabst? —preguntó Ganner.

—Sí. Víctor Pabst, el viejo que vende y compra ropas usadas de la calle Dieciséis...

—Está bien. Bart, mañana mismo irás a verle y le dirás que venga aquí. ¿Has entendido?

—Sí, señor. Suponiendo que quiera...

—Vendrá, te lo aseguro. Y ahora, llama a los Gemelos de Hierro. Tengo que darles un encargo.

Diggon se estremeció.

—¿He de verles en persona?

—¿Tienes miedo?

—Esos dos tipos darían miedo... al mismísimo demonio, jefe.

—Por eso quiero que les llames. En persona. Bart.

Diggon tragó saliva.

—Sí, sí, señor... Ahora mismo iré...

Por fortuna, se dijo, mientras salía del cuarto, no iba a tener que enfrentarse con Hott y Dru Reisen, dos hermanos gemelos y ambos con los sentimientos de una hiena hambrienta. Los Gemelos de Hierro eran expertos en artes marciales orientales y jamás usaban armas, salvo las que les había dado la naturaleza y el entrenamiento a que se sometían constantemente desde hacía un montón de años.

Sintió lástima por Brix.

—Lo van a destrozar —murmuró, mientras se dirigía a cumplimentar la orden—.

Resultaría más piadoso acabar con él de un balazo.

* * *

Abrió la puerta, después de oír la llamada, y parpadeó al ver a Tania en el umbral.

—¿Puedo pasar o estás muy ocupado? —preguntó ella.

—Ya he terminado, por hoy —respondió Brix—. ¿Quieres cenar?

—Lo he hecho en casa. ¿Tú no has cenado todavía?

—No he tenido tiempo. Estuve trabajando en... Bueno, eso no importa ahora. Al menos no me rechazarás una taza de café, supongo.

—Si quieres que lo haga yo...

—No. gracias. Siéntate y espera unos minutos, te lo ruego.

Tania paseó la vista por el interior de la sala. Estaba bien decorada, con pocos, pero cómodos muebles. Incluso había una chimenea, en la que unos troncos ardiendo durante el invierno debían de proporcionar un ambiente sumamente agradable.

Brix era soltero, lo sabía. Pero, seguramente, en más de una ocasión, habría tenido una invitada en aquella casa. No se lo podía reprochar, por otra parte; a fin de cuentas, no tenía por qué juzgar la conducta de un hombre con el que había establecido una alianza circunstancial.

Brix tardó algo más de lo previsto en llegar y lo hizo empujando un carrito de ruedas, sobre el que vio una cantidad de comida realmente increíble.

—Catto, te dije que yo ya había cenado —exclamó.

—Lo sé. Esta es mi cena —contestó él imperturbable—. Naturalmente, he traído una taza para tu café.

—¿Y todo eso... te vas a comer?

—Sin dejar, como suele decirse, ni las espinas.

—Por lo visto, no temes engordar.

—No engordo en absoluto, encanto.

Fascinada, Tania le vio devorar aquella cena, con la que, supuso, podían haberse satisfecho tres personas de apetito normal. Al terminar, Brix la miró y sonrió.

—Es una lástima que la buena educación me impida eructar —dijo—. Sería el colofón perfecto de la cena.

—Por mí no te prives —contestó ella, un tanto decepcionada—, Me taparé los oídos y volveré la cara.

—No será necesario. Bien, ¿empezamos a hablar?

—¿De qué, Catto?

—Tú sabrás. Eres la visitante. Has venido a algo, supongo.

—Creí que tendrías que contarme algo... ¿O se lo contaste a la morena en cuya casa pasaste la noche?

Brix se sorprendió en un principio. Luego se echó a reír.

—En su casa y en su cama —puntualizó.

—¡Y lo dices tan fresco! —se sofocó ella.

—¿Por qué no? Polly Olden es una mujer muy hermosa y yo no estoy tan mal, me parece. Además, es también mi aliada.

—¿Aliada?

—Tiene una boutique y debe pagar doscientos mensuales como «protección». Anoche le presté el dinero, aunque luego lo recobré íntegro, junto con el de casi cuarenta personas más, igualmente sometidas a los caprichos de Ganner y sus acólitos.

—¿Tú... hiciste eso? —se asombró Tania.

—Y tú, ¿cómo sabes que pasé la noche con Polly?

La joven enrojeció.

—Debo admitir que te seguí durante la mayor parte del día. Luego te vi dirigirte a la casa de esa tal Polly y esperé un buen rato. pero, en vista de que no salías, decidí volver a la mía. ¿Qué hiciste, entrando y saliendo en tantos sitios?

—Es un poco largo de explicar. Pero, ¿no me viste entrar en un coche?

—Sí. Te escondiste y luego entraron dos tipos... El coche se fue y yo le seguí. Vi más tarde que te apeabas con un portafolios en la mano...

—Era la recaudación mensual —rió Brix.

—¡Qué! —gritó Tania—, Les quitaste el dinero que habían robado a los extorsionados.

—Justamente, eso es lo que hice. Y si tienes la bondad de escucharme unos momentos, sabrás lo que sucedió con todo detalle, porque no tengo nada que ocultarte.

El timbre de la puerta sonó en aquel momento. Brix se puso en pie, con el cigarro que acababa de encender sujeto entre los dientes.

—Aguarda un momento, por favor —se disculpó.

CAPITULO VI

Al abrir la puerta, divisó a dos sujetos absolutamente iguales en todo, tanto en los rostros como en los ropajes, de aspecto más bien corriente. Eran altos, más de metro ochenta, y muy delgados. Ninguno de los dos sonreía y Brix pensó que podían desempeñar muy bien el papel de enterradores en una película del Oeste.

—¿Es usted Catto Brix? —preguntó uno de ellos.

—Sí, pero no he bebido. Sin embargo, veo doble...

Dru Reisen hizo una mueca.

—Somos hermanos gemelos —aclaró.

—Y queremos hablar con usted —añadió Hott.

—Lo siento, tengo una visita

Dru le empujó con la mano, haciéndole retroceder.

—Eso no importa. De todos modos, vamos a hablar con usted —dijo desdeñosamente Brix dio unos pasos hacia atrás. Sospechó que debían de ser matones de Ganner y se preparó para lo que estimaba inevitable: una pelea o tal vez algo peor.

—Muy bien —dijo—. En vista de la situación, no tengo más remedio que escucharles.

Empiecen cuando gusten, caballeros.

—Vamos a ser sinceros con usted —declaró Hott—. Somos expertos en artes marciales y nos han encargado cierta tarea que, por supuesto, pensamos llevar a cabo con la mayor satisfacción. Ahora bien, no nos gusta jugar con ventaja y por ello hemos decidido echar a suertes cuál de los dos va a pelear en primer lugar. No podrá quejarse de falta de im-parcialidad, señor.

El joven fue a abrir la boca, estupefacto, pero recordó a tiempo que sujetaba el cigarro con los dientes y logró evitar que se le cayera al suelo.

—De modo que quieren darme una paliza —dijo.

—Con permiso de la dama que le acompaña —sonrió Dru—. Hott, saca una moneda, por favor. Yo pido cara.

Impasible, Hott Reisen lanzó la moneda al aire y la recogió en el dorso de la mano, tapándola con la otra.

—Naturalmente, a mí me queda la cruz —dijo—. Hermano, has perdido. Yo empezaré primero.

Tania, aterrada, se había puesto en pie y contemplaba la escena, como si estuviese soñando. Le parecía que todo lo que sucedía ante sus ojos no podía ser cierto, pero el sentido común le dijo que era real. Aquellos dos hampones iban a apalearse a Catto y...

Bruscamente, sonó un agudo chillido. Hott dio un pequeño salto y se situó en la postura inicial de un luchador de karate.

—Defiéndase. Brix —exclamó.

El joven levantó una mano

—Permita un segundo, amigo —rogó—. Antes quiero decirle algo a su hermano. No es nada importante, pero quiero que me escuche... Por favor...

Hott se quedó desconcertado, aunque no abandonó su postura. Dru miró al joven con curiosidad. Brix se acercó a él y, de súbito, se quitó el cigarro de la boca y se lo clavó en el ojo izquierdo.

Dru lanzó un feroz aullido al sentir la quemadura, a la vez que se llevaba ambas manos al lugar afectado y en el que sentía un vivísimo

dolor. Su hermano lanzó un rugido de rabia.

Con el rabillo del ojo, Brix se dio cuenta de que Hott se disponía a atacar. Agarrando al otro por el brazo izquierdo, lo hizo girar en redondo, como tratando de usarlo como escudo contra el golpe que ya adivinaba inminente.

El brazo derecho de Hott giró en el aire, horizontal, con la mano rígida como una tabla.

Buscaba el puente de la nariz de Brix, pero encontró la base del cuello de su hermano, antes de que pudiera refrenar el movimiento.

Se oyó un atroz chasquido de huesos. Dru cayó al suelo, como un montón de harapos.

Los gritos que profería se apagaron en el acto.

Hott se quedó estupefacto, incapaz de reaccionar. Había sucedido algo completamente inesperado. Con ojos incrédulos, contempló el cuerpo de su hermano, sabiendo sin lugar a dudas que él mismo lo había matado.

Brix, sin embargo, no le dejó reaccionar. Alargó la mano izquierda, le tocó en el hombro y cuando el otro se volvía, le arreó un tremendo puñetazo en la mandíbula.

Hott voló literalmente por los aires, estrellándose contra la pared del fondo, y cayó al suelo, en donde quedó desmadejado y sin sentido. Brix se chupó pensativamente los nudillos.

Luego recogió el cigarro, que se le había caído al suelo.

—Lástima, me había salido bueno de veras...

De pronto, recordó que había alguien más en la estancia.

—¿Se te ha pasado el susto. Tania?

Ella apenas si podía hablar y se limitó a asentir con un leve gesto. Brix depositó el cigarro en un cenicero y luego se arrodilló junto a Dru.

—Su hermano es un bruto —dijo—. Lo ha desnucado.

Tania lanzó un chillido de terror.

—¡Catto! ¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó.

El joven reflexionó unos momentos. Luego dijo:

—Ya tengo la solución. Pero necesito que me ayudes.

—¿Vas..., vas a enterrar al muerto en el jardín?

Brix se echó a reír.

—Mujer, ¡qué cosas se te ocurren..! Eso pasa sólo en las películas y en las novelas de miedo. Haremos algo mejor, ya lo verás. De momento, sacarás mi coche del garaje y te lo llevarás a tu casa. Yo me quedaré con el tuyo.

—No entiendo en absoluto...

Brix se acercó a un de las ventanas y escrutó el panorama. Luego se arrodilló junto a Hott y lo registró a conciencia, hasta encontrar unas llaves de contacto.

—El garaje quedará vacío y yo entraré el coche de estos canallas. Luego los pondré en el asiento de atrás, sin que nadie me vea, porque el garaje tiene comunicación directa con la casa. ¿Lo has entendido?

—Sí, pero, ¿qué harás después...?

Brix sonrió.

—Devolver los paquetes a... al remitente —contestó.

—Ganner, supongo.

—¿Podría ser otro? Anda, vamos al garaje para que te lleves mi coche. Cuando regrese, guardaré el tuyo hasta mañana.

—Está bien. —Tania le miró fijamente—. He pasado un miedo horrible.

—Es lógico. Yo también.

—¿Tú...?

—Venían dispuestos a romperme una docena de huesos, por lo menos. No habría resultado divertido, suponiendo que se hubieran limitado a eso solamente. No les compadezcas, Tania.

—Ganner es un enemigo difícil —calificó ella.

—Ganner debió haberme dejado en paz cuando me negué a pagar su «protección» por primera vez —respondió él ceñudamente— Entonces cometió el mayor error de su vida, créeme —concluyó Brix con rotundo acento.

* * *

Unos días más tarde, Brix recibió una llamada inesperada:

—Soy Polly. Necesito hablar contigo, Catto.

—Bien, adelante, dime lo que sea...

—Por teléfono, no; no me atrevo. Ven a verme cuando puedas, te lo ruego.

—En estos momentos me es imposible. Lo siento de veras, créeme.

—Está bien, pero ven en cuanto te sea posible.

—¿A tu casa?

—Claro. Oye, no te pido nada... Sólo cinco minutos de charla... Insisto, es de suma importancia.

—Muy bien, procuraré esforzarme.

Brix colgó el teléfono, sumamente preocupado. Se preguntó qué quería decirle la joven, pero aquella noche, precisamente, había acordado con Tanta acudir a la casa de juego de Ganner.

Al fin, llegó a la conclusión de que Polly se sentía tal vez un tanto aprensiva. En todo caso, iría aunque fuese a medianoche, después de separarse de Tania.

Minutos más tarde, salía de casa en dirección a un taller de reparaciones, donde tenía el coche. El encargado era amigo suyo y le acogió limpiándose las manos con una bola de borra.

—Todo ha sido hecho según tus instrucciones, Catto —dijo.

—¿Funcionará?

—Con absoluta seguridad, créeme.

—Está bien, Ed. envíame la factura a casa...

Ed Groveland se echó a reír.

—¿Factura? Soy yo el que te debe gratitud, así que estamos en paz. Además, es un trabajo que he realizado yo personalmente, sin intervención alguna de mis operarios.

Como dueño del taller, me niego a cobrarte un centavo.

—Está bien, gracias, Ed. Cuando esto haya terminado, te enviaré una botella de champaña para celebrarlo.

—Tengo úlcera de estómago —rió Groveland—, El médico me recomienda siempre dos botellas.

Brix palmeó el hombro de su amigo.

—Las tendrás. Ed —se despidió.

Media hora más tarde, se hallaba ante la puerta de la casa de Tania. Ella apareció un minuto después, espectacularmente ataviada con un traje de tejido de oro. muy ceñido a su esbelto cuerpo y con una abertura que le llegaba casi hasta la cadera izquierda.

—Deberías haberme avisado y me hubiera traído las gafas de sol —dijo él galantemente—. Estás deslumbradora. Tania.

—¿Más que Polly? —preguntó ella, maliciosa.

—Polly no usa esa clase de vestidos.

—¿No? ¿Qué vestidos utiliza. Catto?

—Según el momento.

—A veces, ninguno, ¿verdad?

Brix carraspeó.

—No me censures —dijo—. No lo admito, Tania. Yo tampoco te censuraría si tuvieses una aventura. Tú y yo no nos debemos nada en este sentido, quiero que lo entiendas de una vez para siempre.

—Perdona, no quise ofenderte —respondió ella, un tanto conturbada por la sequedad, del reproche.

—Es mejor que las cosas queden claras desde el primer momento. Nuestra alianza se ciñe solamente al asunto Ganner. En lo demás, cada

cual es libre de actuar como le parezca.

—Tal vez tengas razón —admitió ella—. Bien, ¿qué debo hacer esta noche en la sala de juego de Ganner?

—Jugar unas cuantas fichas, sin importarte mucho perderlas. Ya te daré el dinero cuando lleguemos.

—¿Vamos a repetir la operación de Lark?

—Posiblemente. Todo depende de las circunstancias —respondió él enigmáticamente.

Tania ya no quiso hacer más preguntas. En ocasiones se sentía enormemente atraída por el hombre que tenía a su lado. Otras veces lo detestaba y deseaba no haberle conocido. Pero era lo suficientemente sensata para saber que ya no podía dar marcha atrás.

Al cabo de unos momentos, dijo:

—Me gustaría saber los comentarios que hizo Ganner cuando recibió devueltos aquellos dos... paquetes. Creo que los dejaste muy cerca de su casa, ¿no?

—En la misma puerta —sonrió el joven—. Pero no te preocupes: muy pronto conoceremos la opinión personal de Ganner acerca de este asunto.

CAPITULO VII

Terriblemente excitado, Carp Blackson entró en el despacho de Ganner y le comunicó la noticia:

Brix está en la sala de ruleta, junto con la chica que le acompañaba el día en que destrozaron el salón de Lark —informó.

Ganner estaba repasando unos documentos y alzó vivamente la cabeza.

—Está bien, Carp. Vigílele, pero con discreción. Procura no organizar ningún escándalo, haga lo que haga.

—¿Aunque gane a la ruleta?

El corazón de Ganner sangró. Brix, no sabía cómo, había conseguido acertar varios plenos en su casa, llevándose un montón de dinero, treinta y cinco mil dólares en la última ocasión. El intento de

recuperar aquella suma había resultado un completo fracaso y aún no lo había digerido.

Lo peor era que había seguido cosechando fracasos, aunque ahora había algo que le hacía ver un remoto rayo de esperanza. Cuando Blackson hubo salido, miró a Diggon.

—Es un tipo terrible. Me pregunto cómo pudo derrotar a los Gemelos de Hierro...

—Podríamos preguntárselo a Hott, pero no quiere hablar del asunto. Lo único que ha dicho es que sólo espera la ocasión propicia para vengar la muerte de su hermano.

—Hott es una especie de cartucho de reserva, que guardo para mejor ocasión. Díselo así cuando lo veas, Bart.

—Sí, señor.

—El jefe está muy furioso —rezongó Ganner—, No sé cómo voy a calmar su furia...

—Mientras no elimine a Brix de una vez, no viviremos en paz.

—Hay que hacerlo con mucho cuidado. Brix tiene muchos amigos, ya lo sabes. No podemos dar un paso en falso, ¿comprendes?

—Sí, señor.

—Bien, voy a ver si termino estos cálculos. Luego saldré a ver qué hace Brix.

Brix ofrecía una apariencia normal, contemplando el juego que se desarrollaba en la ruleta. Por el momento, no había intervenido, limitándose a ser un mero espectador.

Tania, sin embargo, se sentía muy contenta, ya que había ganado algo más de mil quinientos dólares.

De pronto, vio a Ganner que aparecía, seguido de sus inevitables guardaespaldas. La mano derecha del sujeto estaba metida en el bolsillo derecho de su impecable chaqueta negra. Brix supo así que Ganner estaba dispuesto a utilizar el mecanismo que enviaba las señales de radio al freno de la ruleta.

Entonces, con toda tranquilidad, puso una ficha de quinientos dólares al número diecisiete.

Ganner se situó frente a él. También tenía un cigarro entre los dientes y sonreía de un modo especial. Brix le dirigió otra sonrisa, con su puro en la boca y la mano derecha en el bolsillo del pantalón.

El *croupier* lanzó la bola. Ganner dejó de sonreír.

La ruleta siguió dando vueltas. La bola cayó en el número diecisiete.

Los ojos de Ganner se desorbitaron. Con toda placidez, mientras las exclamaciones de

asombro se sucedían a su alrededor, Brix se volvió hacia Tania.

—Recoge las ganancias, ¿quieres? Pero apuesta dos mil dólares al mismo número.

Presiento que se va a repetir la jugada.

—Sí, lo que tú digas.

El *croupier*, impasible, empujó las fichas de la ganancia. Tania los retiró todas, menos cuatro de quinientos dólares, que dejó en la misma casilla.

Brix observó a Ganner disimuladamente. En el rostro del sujeto había una expresión que no podía dominar. La rabia le devoraba.

La ruleta giró una vez más. Cuando la boca estaba a punto de detenerse, la ruleta frenó en seco.

Sonaron varios gritos de asombro. La bola había quedado en el dieciséis.

Fingidamente impasible. Brix se volvió hacia la joven.

—Querida, ¿no fuiste tú la que dijo en cierta ocasión que el olor de las trampas que se hacen en esta casa se puede cortar con un cuchillo?

—Oh, no es tan denso, pero, de todas formas, deberían denunciar esta atmósfera a la Comisión Anticontaminación.

—Sí, sería muy oportuno. Pero tú tenías razón; ahora podía haber ganado setenta mil dólares y no les ha gustado que acertase un segundo pleno.

—Será mejor que nos marchemos. Catto —propuso Tania.

—Ciertamente, nos conviene respirar el aire puro de la noche —accedió él con toda cortesía.

Había comentarios para todos los gustos. El jefe de sala y el *croupier* no sabían qué hacer. Algunos hablaban de denunciar el hecho a la policía. Muchos empezaron a marcharse, abominando del momento en que se les había ocurrido acudir a aquella cueva de ladrones

Brix fue a la caja y cambió las fichas, rechazando un cheque, como en la ocasión anterior. Cuando se embolsaba el dinero, alguien le tocó en un hombro y se volvió.

—El jefe quiere verle —dijo Diggon con rostro inexpresivo.

Brix miró a la muchacha.

—¿Qué te parece. Tania?

—Me gustaría asistir a la entrevista, Catto —manifestó ella.

Brix se apoderó desenvueltamente del brazo de Tania e hizo un ademán con la otra mano.

—Guíenos, Bart —rogó.

* * *

Ganner estaba en pie junto a su mesa, en actitud tribunicia, cosa que hizo reír interiormente a Brix. «Pobre, se cree un Napoleón de opereta», pensó.

Los esbirros estaban discretamente a un lado. Ganner extendió una mano.

—Siéntense, por favor —invitó.

—Gracias, pero pensamos estar aquí muy poco tiempo —contestó Brix.

—Si me siento en una de sus sillas, tendré que tirar luego el traje —dijo ofensivamente Tania ofensivamente.

Ganner enrojeció hasta las orejas.

—No se portan demasiado bien conmigo —se quejó.

—Usted hace trampas siempre que puede —acusó Brix—. Y no lo

niegue, porque hoy quiso evitar que yo ganase el primer pleno y no lo consiguió.

—Usted lo evitó, pero me gustaría saber cómo...

—Bueno, el que se enfrenta a un fusil, busca otro fusil para sí, sencillamente.

Las cejas de Ganner se arquearon.

—¿Quiere decir que...?

—He tomado lo que se llama vulgarmente contramedidas electrónicas. Usted lanzó una emisión destinada a frenar la ruleta y yo la interferí, permitiendo que la bola cayese en el número al cual Tania había apostado.

—No puede ser...

—He dicho la verdad.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué demonios tiene usted contra mí? —rugió Ganner—. Yo no le he hecho nada...

—Hace dos años, sus esbirros quisieron cobrarme un dinero ilegalmente. Yo me negué.

En represalia, quemaron mi negocio y me dejaron arruinado. Tiene que pagarlo, Ganner, se lo aseguro.

El sujeto inspiró fuertemente.

—Está bien —dijo—. Indíqueme el total de la pérdida y se la abonaré inmediatamente, a cambio de que me deje en paz para siempre.

—Hombre, no es mal trato —contestó Brix con cierta displicencia—. Pero, podría aceptarlo con una condición.

—Dígala. Tal vez pueda acceder.

—Quiero saber el nombre de su jefe. Usted es el que da la cara, pero hay alguien detrás, alguien al que sólo usted conoce y que es quien da las órdenes y recauda la mayor parte de los beneficios. Dígamelo y le dejaré en paz.

El pecho de Ganner se hinchó con fuerza.

—¿Me toma por tonto? —contestó con un bramido.

Brix volvió a agarrar el brazo de la joven.

—Vámonos, Tania —dijo—. Ya hemos respirado bastante esta atmósfera tan contaminada. Volverá a tener noticias mías, Ganner.

El dueño de la sala de juego no dijo nada. Brix y Tania pudieron salir sin ser molestados, pero apenas hubieron cruzado el umbral. Ganner se volvió hacia uno de sus guardaespaldas.

—Tú eres un buen conductor —dijo.

Drake Sitt asintió.

—Lo hago bien —repuso.

—Carp, tú le acompañarás. Drake va a provocar un accidente. Puede que queden vivos.

Si es así, acaba con ellos, pero no uses la pistola.

—Tengo una buena porra —dijo Blackson.

—Es justamente lo que necesitan ese par de entrometidos —concluyó Ganner.

* * *

Subieron al coche y Brix dio el contacto.

—No ha cedido —dijo Tania.

—No esperaba que lo hiciera. Pero hay un jefe tras él. ¿Quién es ese individuo?

Imposible saberlo por el momento, aunque pienso que es nuestro problema más importante.

—¿Has dicho nuestro, Catto?

—A ti también te toca algo de este asunto, aunque si quisieras aceptar un consejo, te lo daría de buena gana.

—Escuchar no cuesta nada —dijo ella.

—Muy bien. Vuélvete a tu casa. Abandona esto, ahora que tienes

tiempo. Después...

puede ser tarde.

—No, Catto —rechazó Tania la idea— Yo también soy un poco como tú. Terca y rencorosa, aunque está mal que lo admita, pero, claro, no dirijo estos sentimientos sino a personas que me han hecho daño de veras. No me enfadaría con alguien por una tontería o por cosas de poca monta.

Aquel promotor me hizo daño de veras, créeme.

—¿Hubo algo más que estafa?

—Estuvo a punto de haberlo. Cuando le recriminé su actitud, me dijo que había conseguido un buen contrato para mí en un local de Las Vegas. Era un burdel y lo que menos necesitaban allí era una cantante. Cuando me di cuenta de lo que se esperaba de mí, eché a correr. Y ya no he vuelto por allí.

—Ese promotor, supongo, estaría relacionado con Ganner.

—Es otro de sus negocios, Catto.

—Muy bien, pero creo que ya has hecho bastante...

—¿No me dejas que siga hasta el final?

—El final, ¿de quién? ¿El nuestro o el de Ganner?

—El de Ganner. claro.

—Espero que sea como dices, aunque no resultará fácil.

—Me encantan las dificultades —rió Tania.

—¿No hay otras cosas que te encanten también?

—Catto, sé hacia dónde quieres encaminar la conversación. Frena, cariño.

—¡Me has llamado cariño! —se asombró él.

—Era sólo una palabra. No le des una importancia que no tiene.

Brix suspiró.

—Tania, ¿no te has enamorado nunca?

—Una vez —contestó ella melancólicamente.

—¿Sí? ¿Qué pasó?

—Se fue con otra. No era precisamente una beldad, aunque tampoco se podía decir que resultaba fea. Pero tenía muchísimo dinero.

—Un hombre práctico, no cabe duda. Pero yo debo felicitarle desde aquí.

—Caramba, creí que me consolarías...

—Precisamente porque ese tipo te dejó, yo podré consolarte —dijo Brix riendo estruendosamente.

Tania sonrió.

—No pienses mal —dijo. De pronto, se volvió y miró hacia atrás—, Catto, creo que nos están siguiendo.

—Lo sé. Nos siguen casi desde que salimos del local de Ganner.

—Vaya, podrías al menos haberme advertido —se quejó ella.

—No quería alarmarte. Ganner es un tipo listo y nos permitió salir sin dificultades. Eso me hizo recelar y empecé a mirar hacia atrás a los pocos momentos de haber arrancado...

—Querrán hacernos algo...

—Puedes tenerlo por seguro, aunque no les vamos a dar ese gusto. Prepárate, Tania.

—¿Qué vas a hacer, Catto?

—En seguida lo verás.

Brix aceleró ligeramente la marcha de su automóvil. Cien metros más atrás, Sitt hizo lo mismo.

—Este no es un buen sitio todavía para provocar el accidente —comentó—. Creo que se dirigen al Sudoeste, Carp. Si es así, lo alcanzaremos en el tramo elevado de Round North.

—No es mala idea —aprobó Blackson.

Había muy poca circulación a aquellas horas. Los dos coches mantuvieron la distancia durante algunos minutos.

De pronto, el suelo empezó a elevarse.

—Estamos llegando al paso elevado —anunció Sitt.

Y pisó el acelerador.

Brix observó la maniobra por el retrovisor. El paso elevado cruzaba por encima de una autopista escasamente transitada en aquellos momentos. Con las manos en el volante, apreció la creciente aproximación del automóvil perseguidor.

Aceleró un poco más y el coche de Sitt subió a casi ciento treinta. Estaba ya a menos de cincuenta metros, cuando, de pronto, vio brotar una espesísima nube de humo del coche que le precedía.

Tania había vuelto la cabeza y vio que el coche de los hampones desaparecía tras aquella enorme humareda. En el interior de la nube, Sitt y Blackson empezaron a toser.

—¿Qué diablos pasa aquí?

—¿De dónde ha salido ese humo?

Sitt quiso escapar de la humareda, pero ejecutó una falsa maniobra y el coche se le fue hacia la izquierda.

Intentó frenar, pero ya era tarde. Lanzado a toda velocidad, el automóvil rompió la valla de protección con tremendo estruendo y saltó al vacío.

Mientras caía, daba vueltas en el aire. Al fin, se estrelló de morro contra el suelo, produciendo un ruido semejante al de una bomba. Unos segundos después, brotó una tremenda llamarada, que envolvió por completo el automóvil destrozado por los dos sucesivos impactos.

Tania no vio la caída, pero sí el fuego que se producía tras el accidente. La humareda que dejaban tras ellos se disipó a los pocos instantes.

—Catto, ¿qué ha pasado? —preguntó.

—Ver las películas de James Bond es una buena fuente de ideas —contestó él

placenteramente—. Tengo un amigo, excelente mecánico, y me instaló un generador de humo, en el cual, además, puso una pequeña dosis de gas lacrimógeno. Una combinación funesta para alguien que conduce a más de ciento veinte kilómetros a la hora, créeme.

—Pero ellos...

—Ellos buscaban precisamente la ocasión para hacernos saltar por encima del parapeto. De lo contrario, habrían empezado a tiros con nosotros mucho antes, pero eso habría despertado sospechas y no les interesaba.

El coche se movía ahora a velocidad moderada. Un automóvil de patrulla se cruzó con ellos, con gran chisporroteo de luces y estridor de la sirena conectada a toda potencia.

—Los encontrarás muertos —se estremeció Tania.

—Mejor ellos que nosotros, ¿no crees?

La joven tardó unos momentos en volver a hablar.

—Catto —dijo al fin.

—¿Sí, encanto?

—¿Qué... qué vas a hacer ahora?

—Acabo de recordar que Polly Olden quería decirme algo muy urgente y que no pude ir a verla. Creo que me tomaré una copa en su casa.

—Yo.... yo también necesito un trago, Catto —dijo Tania temblorosamente—. Estoy sentada, pero si me encontrase fuera del coche, creo que me desmayaría.

—Muy bien, iremos los dos a casa de Polly. Es una chica estupenda, ya lo verás.

—No se enfadará al ver que llegas acompañado...

—Polly no es celosa —respondió Brix.

Tania apretó los labios. En realidad, no tenía ningún derecho a reprochar nada al hombre que estaba a su lado. Bien mirado, le debía agradecimiento por haberle salvado la vida.

Sintió curiosidad por conocer a Polly. Pero no pudo satisfacer sus deseos.

La encontraron muerta.

CAPITULO VIII

Brix empezó a sentirse aprensivo cuando vio que Polly tardaba demasiado en contestar.

—Quizá toma sedantes —apuntó Tania.

—No lo creo. Es una mujer completamente normal...

De pronto, tanteó el pomo y encontró que la puerta no estaba cerrada con llave. Abrió, encendió la luz y entonces fue cuando vio a Polly tendida en el suelo.

Tania la vio también y no pudo contener un gemido. Brix saltó hacia adelante y se arrodilló junto a Polly. No tardó mucho en convencerse de que estaba muerta.

La joven permanecía en pie, petrificada, bajo el dintel de la puerta. Al cabo de unos segundos, Brix hizo un brusco ademán.

—Entra y cierra. Sobre todo, no hagas ruido.

Tania obedeció maquinalmente. Temblando de pánico, contempló a Brix que trataba de averiguar las causas de la muerte de su amiga. Con gran cuidado, el joven le desabrochó la bata que llevaba puesta y que indicaba hacía ya algún rato que había llegado a su casa en el momento de su muerte.

En el centro del pecho, un poco hacia la izquierda, divisó un agujero triangular, que apenas había brotado la sangre.

—Un estilete —dijo—. La muerte debió de producirse instantáneamente.

Había miedo en el rostro de Polly, pero no se observaban señales de desorden en sus ropas. Debajo de la bata sólo tenía puestos el sostén y las bragas, que aparecían en perfecto estado.

—No ha habido violación, ni siquiera intento —añadió.

—Entonces... la han matado por otro motivo...

—Ella quería decirme algo con urgencia —dijo Brix rabiosamente—, Si la hubiera hecho caso, ahora estaría viva.

—Tal vez habría muerto, de todos modos, después de marcharte tú —opinó Tania—, La única diferencia sería que ahora podrías saber lo que ella tenía que decirte. Pero si alguien había decidido que debía morir, dudo mucho de que hubieras podido impedirlo,

—¿Estando a su lado? —dudó el joven.

—Quizá habrías muerto también o el asesino hubiera esperado a que te fueses.

—Polly no me dijo que estuviese en grave peligro. Sólo mencionó que era algo muy urgente —insistió él.

Al cabo de unos momentos, se puso en pie y paseó la mirada por la estancia. Todo aparecía en perfecto orden. Polly había muerto en el centro de la sala, con lo que no había derribado ningún mueble al caer. El asesino, se dijo, había actuado con rara astucia y no había dejado la menor huella de su paso por el apartamento.

De repente, divisó algo que le pareció desentonaba del orden que reinaba en la sala.

Era una revista gráfica, abierta por la mitad, pero situada con las hojas hacia abajo, de modo que la tapa y la contratapa quedaban a la vista. Debajo de la revista vio una caja de color oscuro.

Levantó la revista. Había allí una grabadora, con el micrófono al lado y debidamente conectado. Preso de una súbita inspiración, dio el contacto y rebobinó la cinta que estaba

en el alvéolo correspondiente

Al terminar de girar, conectó la reproducción y elevó el volumen. La voz de Polly resonó súbitamente en la estancia: —Catto, tengo que decirte algo muy importante. Si no puedes venir a verme, te enviaré esta cinta, que es mucho mejor que una nota escrita.

Ganner tiene un confidente entre nosotros: Victor Pabst, el ropavejero de la calle Dieciséis. Hace tiempo que sospecho de él; hemos hablado en más de una ocasión y sus comentarios contra Ganner resultan de una especial virulencia. A mí me pareció que su ira resultaba un tanto excesiva, por lo que entré en sospechas, que hoy mismo he confirmado. Cerré la *boutique* un poco antes y me aposté en las

inmediaciones de su tienda. Cuando salió, le vi dirigirse en su coche a la casa de Ganner, en donde permaneció cosa de media hora. Que yo sepa, ninguno de nosotros ha hecho jamás una cosa semejante. Siempre nos hemos entendido con sus esbirros y sólo conocemos a Ganner por referencias, sin que jamás hayamos cambiado una palabra con él. ¿Por qué un sujeto que tiene un miserable negocio tiene que tratar con Ganner? Convendría que fueses a verle y le obligases a hablar...

La grabación se interrumpió unos segundos. Luego se volvió a oír la voz de Polly:

—Llaman a la puerta. No espero a nadie, Catto. Iré a ver quién es...

Sobrevino una corta pausa de silencio. Una vez más, se oyó a Polly:

—¡Señor Pabst! ¿Qué hace usted en mi casa?

—Polly, quiero hablar con usted...

—No tenemos nada de que hablar, sucio traidor. Váyase de mi casa inmediatamente o llamaré a la Policía.

—No llamarás a nadie, ¡perra!

Se oyó un agudo grito de dolor.

—¡No, señor Pabst! No haga eso... ¡Dios mío, me ha matado!

El ruido del cuerpo de Polly al chocar contra el suelo resonó con toda claridad. Luego sonaron unos pasos que se alejaban con rapidez y, finalmente, el cierre de la puerta con brusquedad puso término a la grabación.

* * *

Tania tuvo que sentarse en una silla. Las piernas se negaban a sostenerla.

Sin poderse contener, ocultó la cara entre sus manos y rompió a llorar. Acababa de oír la voz de una mujer que había muerto poco antes y le pareció haber asistido a un fúnebre recital. Brix no se sentía menos conmovido, porque había escuchado «en directo» el instante del asesinato de aquella buena amiga suya.

Transcurrieron unos minutos. Al cabo, Tania empezó a recuperarse y miró al joven.

—Catto, ¿qué piensas hacer?

Brix retiró la cinta y se la guardó en un bolsillo.

—Es evidente que Polly recelaba algo, aunque ni en sueños esperó ser asesinada.

Posiblemente, no supo seguir bien a Pabst y éste lo advirtió. Polly, naturalmente, no tenía experiencia en seguir con discreción a la gente. Por eso vino Pabst a liquidarla.

—Pero ¿qué podía temer Pabst de ella?

—Sabía que era amiga mía. Tuvo que enterarse de ello de alguna manera y por eso decidió asesinarla, para que no me dijera lo que había descubierto.

—Sí, así tuvo que ser —convino la joven—. Pero Pabst no se dio cuenta de que Polly había dejado la grabadora en marcha y eso puede resultarle fatal.

—Has hablado con toda propiedad: le va a resultar fatal. Una cosa parece segura: Polly dijo claramente que no esperaba a nadie. En prevención, ocultó la grabadora bajo la revista y la dejó en funcionamiento. Pabst, lógicamente, no lo advirtió; de lo contrario, se habría llevado la cinta.

—Es un razonamiento correcto, pero ¿qué vas a hacer, Catto? —insistió ella.

Brix meditó unos instantes. Luego miró a la joven.

—Tal vez no te guste mi respuesta —dijo.

—Si no hablas, no podré darte mi opinión.

—No quiero avisar a la Policía ahora. No puedo permitir que Pabst se libre con una condena de cárcel o, ¿quién sabe?, con un abogado listo, incluso podría resultar absuelto. Haré algo mucho mejor.

—Dime, Catto, por favor —pidió Tania ansiosamente.

—Voy a enviarle a Ganner una copia de la grabación.

Hubo un momento de silencio. Al cabo de unos instantes, Tania dijo:

—Ganner puede alegar que se trata de una falsificación.

—Hoy día existen métodos seguros para comprobar si la voz de una persona registrada en una cinta es auténtica o se traía de una imitación. Además, Ganner no pensará siquiera en una falsificación y tomará la grabación como lo que es: algo absolutamente real.

—¿Qué hará entonces?

—Esperemos a ver cómo reacciona —contestó él enigmáticamente—. Bueno, voy a borrar en lo posible nuestras huellas. Ya avisaremos a la Policía más tarde, cuando estemos a distancia segura de esta casa.

Poco después, se dispusieron a salir. Brix dirigió una última mirada a la muerta.

—Polly, nunca te olvidaré —murmuró—. El hombre que te dio muerte pagará su culpa, te lo aseguro.

Tania guardó silencio. La muerte de aquella hermosa joven, a la que, inconscientemente había considerado como su rival, debía ser castigada. No sabía cómo lo haría Brix, pero se sentía de acuerdo con su decisión.

* * *

A Tania le costó muchísimo dormirse, pero su sueño fue relativamente corto y se levantó antes de lo calculado. Nerviosa, inquieta, llena de desasosiego, se arregló someramente y se dirigió a casa de Brix.

Cuando llegó, el joven estaba sentado ante una mesa, sobre la que se veía abierta una libreta de notas.

—No he podido dormir mucho —manifestó la joven.

—Te ha pasado lo mismo que a mí; apenas he podido pegar ojo. Siéntate, voy a traer

café para los dos.

El café, puro y muy fuerte, entonó bastante a la joven. Brix encendió uno de sus habituales cigarros y luego se sentó a la mesa donde estaba la libreta.

—Hice una buena captura el día en que fui a visitar a Lamarr —dijo—, Ganner debe de haberse vuelto loco buscando esta libreta, pero ni siquiera se imagina que está en mi poder.

—¿Qué hay de interesante en esa libreta, Catto?

—Lamarr y Wilmont tenían asignada una zona de «recaudación». Recordarás que Lamarr fue asesinado por reservar se para sí parte de ese dinero.

—Sí, lo recuerdo.

—Encontré la libreta y doce mil dólares. Parte de este dinero me ha servido para sufragar los «impuestos» que fija Ganner. He tenido también otros gastos, pero aún me queda lo suficiente para realizar otra operación similar, suponiendo que falle en la primera parte de mi plan.

—¿Puedo saber en qué consiste ese plan?

Brix levantó la libreta y la agitó en el aire un par de veces.

—Aquí están anotados todos los «contribuyentes» de Ganner. con expresión de las fechas de pago y cantidades asignadas como «protección». Mañana empiezan los recaudadores su recorrido. Yo iré a esperarles al final y los desplumaré, como hice con Diggon y el otro.

—Pero si Ganner no tiene la libreta...

—Debe de tener otra, muchísimo mayor, pero ésta era la que necesitaba Lamarr para su trabajo, distinta, lógicamente, de otra parecida que debe de estar en poder de Diggon. A Ganner le preocupa la falta de esta libreta, por lo que pueda de tener de comprometedor para él, pero no por ignorar quiénes le deben pagar una cuota de «protección».

—Entiendo —dijo Tania—, ¿Crees que te resultará fácil «limpiarles» la recaudación?

Brix sonrió.

—Eso espero —respondió—. El efecto sorpresa dará buenos resultados, créeme.

—Ojalá no te suceda nada —deseó ella—, Catto, ¿sabes algo de Pabst?

Brix consultó su reloj

—No creo que Ganner tarde mucho en recibir la copia de la grabación —manifestó—

Entonces, reaccionará y... ¿Te gustaría contemplar el espectáculo?

Tania se estremeció.

—No será agradable —contestó.

El joven se puso en pie.

—Menos agradable me resultará ir mañana al cementerio para enterrar a Polly —

contestó sombríamente.

CAPITULO IX

A la fúnebre ceremonia asistieron muchas personas, en especial gente del barrio, que habían conocido y apreciado a Polly. Brix y Tania se hallaban en primera fila cuando el ataúd, tras el breve sermón del sacerdote, fue descendido al fondo de la sepultura.

Mientras el clérigo rezaba sus últimas plegarias, Brix paseó la mirada por los rostros de los circundantes. Una cara llamó especialmente su atención.

Le pareció que el hombre desentonaba en aquel lugar. Era alto, bien parecido, delgado y su piel aparecía muy pálida. En las facciones del sujeto se apreciaban indudables muestras de dolor.

Ello hizo reflexionar mucho a Brix, quien en un principio había creído que aquel sujeto podía ser uno de los esbirros de Ganner. Cuando la ceremonia terminó y la pequeña multitud empezó a dispersarse, Brix maniobró para cortarle el paso.

—Perdone, amigo —dijo—, pero no le conozco a usted y me gustaría saber qué interés podía tener en esa pobre chica a la que acaban de enterrar.

El hombre le miró fijamente.

—Me llamo Greg Olden —contestó.

Brix respingó.

—Hermano de Polly, tal vez.

—No, su esposo.

Tania se tapó la boca con una mano, a fin de ahogar un grito de asombro. Brix apretó los labios.

—Usted fue el que abandonó a Polly sin decirle una sola palabra...

—¿Qué interés podía tener usted en mi esposa? —preguntó Olden, repitiendo casi exactamente las mismas palabras que Brix había pronunciado momentos antes.

—Era una buena amiga nuestra —respondió el joven—. Sabemos que se sentía muy desilusionada por haberse visto abandonada. Nos

gustaría saber por qué tuvo que dejarla de una forma tan poco... cortés, por no calificarla de otra con otras palabras peores.

—Era una mujer magnífica y yo la amaba como a nadie en este mundo —respondió Olden—. Por eso preferí que creyese la había abandonado, para que no supiese que tenía un esposo condenado por estafa.

—¿Es cierto eso? —se asombró Brix.

—He conseguido un permiso especial para asistir a su entierro. Debo volver mañana sin falta al penal, aunque apenas me queda una semana para conseguir la libertad. Por fortuna, fue una condena relativamente leve, aunque sé que a Polly no le habría gustado saberlo. ¿Satisfecho, señor curioso?

—Lo siento, lo siento terriblemente. No quise ofenderle, señor Olden. Le ruego me dispense y acepte mis sinceras condolencias.

Olden ya no contestó. Dio media vuelta bruscamente y se alejó a grandes zancadas, perdiéndose de vista en contados segundos.

Brix se sentía desconcertado.

—Nunca pude imaginarme...

Tania le agarró por un brazo.

—Será mejor que nos marchemos. Catto.

El joven asintió. Todavía muy conturbado, subió al coche y lo puso en movimiento.

Pasaron varios minutos antes de que ninguno de los dos pronunciara una sola palabra.

—¿Y ahora, Catto? —preguntó ella.

—Pronto lo verás —respondió Brix ceñudamente.

* * *

El automóvil llegó silenciosamente y se detuvo ante la puerta de la tienda de miserable aspecto, detrás de otro que se hallaba estacionado en aquel mismo lugar. Dos hombres se apearon y entraron tranquilamente en el local.

Brix se apeó de su coche y fue hacia el de los recién llegados. Abrió la portezuela, puso la palanca en punto neutral y luego regresó al suyo, con el que empujó aquél, hasta que los tres coches estuvieron tocándose con los parachoques. Inmediatamente, se apeó y buscó refugio en un lugar situado junto a la puerta de la tienda.

En el interior sonaron de repente dos detonaciones. Segundos después, se abrió la puerta y los dos sujetos salieron precipitadamente del interior. El primero se encontró con un obstáculo inesperado, la pierna que Brix había extendido ante la entrada. Tropezó y cayó blasfemando. Su compinche apenas si pudo mantener el equilibrio, pero durante unos segundos, braceó frenéticamente para evitar la caída.

Sin embargo, no pudo evitar el formidable rechazazo que lo alcanzó en la mandíbula, dejándolo sin conocimiento instantáneamente.. El otro empezaba a levantarse, sin comprender aún muy bien lo que había sucedido.

Brix se acercó a él y, agarrándolo por los cabellos, le hizo alzar un poco la cabeza. Luego le golpeó con la rodilla en el mentón.

Se oyó un rugido. El hampón cayó de espaldas, como su compinche, sin sentido.

Inmediatamente, Brix fue a su coche, dio el contacto y lo hizo retroceder, para poder arrancar sin obstáculos.

Un policía presenció de lejos la breve pelea y acudió corriendo.

—¡Eh! ¿Qué ha pasado ahí? —gritó.

Brix señaló a los dos hombres desvanecidos.

—Han asesinado al viejo Pabst —contestó—. Tenga cuidado; están armados.

El policía se sobresaltó y sacó su revólver. Recelosamente, se acercó á los caídos y los registró, encontrándoles sendas pistolas. Al comprobar que al menos en aquel extremo no le habían engañado, sacó las esposas y los unió a ambos por las muñecas. Luego penetró en la tienda.

Cuando salió, el hombre que le había informado del crimen había desaparecido. Los hampones empezaban a despertarse, pero él los mantuvo a raya con el arma hasta que llegó un coche de patrulla

apenas un minuto más tarde.

* * *

Tania se sentía terriblemente alterada. Después de que Brix atacara a los dos

hampones, se había reunido con él a cierta distancia del lugar de los hechos.

—Catto. ¿crees que hemos obrado bien? —preguntó.

—Pabst mató a Polly, ¿no es cierto?

—Hay leyes, hay jueces... Nosotros no somos quiénes para aplicar la ley a nuestra manera, designando a dedo quién debe ser castigado...

—No lo hemos hecho nosotros, sino los propios esbirros de Ganner.

—Sí. pero tú lo planeaste para que ocurriera así, en lugar de avisar a la Policía. Con la grabación que encontramos. Pabst habría sido condenado irremisiblemente.

—O no —contradijo él, escéptico—. Podía haber sido condenado, pero a una pena muy pequeña en comparación con el delito cometido... y puesto que ya tenía cierta edad, incluso habrían acudido a los psiquiatras para hacer creer al jurado que fue un acto irresponsable. No. no lo siento en absoluto. y puedes pensar de mi lo que quieras, porque yo no voy a cambiar de opinión —concluyó rotundamente.

—Catto, estás jugando con fuego —dijo ella con aire sentencioso—, El que juega con fuego se expone a quemarse.

—¿Y tú? —contestó Brix casi con rabia—. También querías jugar unas malas pasadas a Ganner. Allí te conocí yo por primera vez. Y precisamente aquella misma noche escuché una conversación que sostenías con ese sujeto. Por cierto, hablabas de no dejarle en paz hasta que te devolviese no sé qué cosa tuya que obra en su poder. Luego, aquella misma noche, me contaste una historia acerca de una cantante y su promotor, que la había estafado.....

—Esa historia es cierta —aseguró Tania—. En cuanto a lo que Ganner tiene en Su poder son fotografías mías y en todas ellas estoy desnuda.

—Ganner es un tipo con suerte —rió el joven—. Me gustaría verlas, palabra.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? —protestó ella, indignada.

—Es que eres una mujer muy guapa y tienes una figura realmente hermosa. Soy un enamorado de la belleza, no lo puedo remediar. Pero hablemos de las fotografías. ¿Por qué dejaste que te las hicieran?

—Bueno, a veces pienso que soy demasiado ingenua... Cuando fui a Las Vegas, al lugar que luego resultó ser un burdel, la digamos jefa, me indicó que debía hacerme ropa apropiada. Vino una mujer que dijo tener una *boutique* de lujo, para tomar medidas y probarme algunos trajes y piezas de ropa interior que había traído consigo.

Naturalmente, no tuve inconveniente en probarme delante de ella, pero tenía que desnudarme y...

—Y había una cámara oculta en alguna parte.

—Sí —suspiró Tania—. Lo peor de todo es que alguna de aquellas fotografías puede ser interpretada de una forma muy peculiar, ya que la vendedora estaba a veces a mi lado, muy juntas las dos y... Tú lo entiendes, ¿verdad?

—Desde luego. Bueno, ¿qué pasó después?

—Me marché de Las Vegas. Ganner me llamó poco después y me enseñó las fotografías, ordenándome que volviese allí o las publicaría.

—¿Qué le dijiste tú?

—Lo pensé un poco, pero no tardé en darle mi respuesta, Catto.

—Negativa, supongo.

—Más o menos, le dije: «Si las publica en una revista ínfima, las verá muy poca gente, precisamente de la clase de personas que sólo buscan ver mujeres desnudas, y eso no

.me preocupa en absoluto. Y Si las publica en una revista de mayor tirada, me haré famosa.» Se desconcertó y cuando quiso decir algo, ya me había marchado.

—Pero ahora quieres recobrar esas fotografías.

—¡Naturalmente! No me gusta que alguien las vea y piense de mí lo que no es verdad.

Aunque, desde luego, no cedería a un chantaje por nada del mundo.

Preferiría que publi-casen las fotografías antes que ceder.

Brix dio una palmada, en la rodilla de la joven.

—Hiciste bien —aprobó sonriendo—. Y ya recobramos las fotografías, no te preocupes. ¿Te gustaría tener un poco de diversión, después del día tan fúnebre que hemos tenido hoy?

—¿Qué clase de diversión?

—Pensar en la cara de Ganner...

—Eso no me divierte en absoluto —exclamó Tania vivamente.

—...Cuando se entere de la jugarreta que le he gastado —completó Brix la frase interrumpida

—¿Saldrá bien?

—Necesito tu ayuda. Tania, pero para eso tendrás que ocupar mi puesto en el volante cuando yo te lo indique.

—Está bien. Empieza a explicarme en qué consiste tu plan.

* * *

Media hora más tarde, Brix se puso unos lentes con cristales claros, pero sin graduación, y se aplicó al labio superior un frondoso mostacho. Luego se volvió sonriendo hacia la joven.

—¿Me conoces?

—Caballero, ¿quién le ha dado a usted permiso para sentarse en mi coche? —protestó ella con fingida indignación.

Brix se echó a reír.

—Sabrán quién lo ha hecho, por supuesto, pero lo que me interesa es que no me reconozcan en el primer momento. Bueno, ponte detrás del volante y enciende el motor en cuanto te haga la primera señal. Luego, cuando veas la segunda, arranca y dobla la esquina lo más rápido que puedas. Te paras un par de segundos, vuelves a arrancar y te diriges a mi casa. ¿Entendido?

—Descuida. Catto —respondió ella con los ojos muy brillantes—. Puede que sí, que acabe divirtiéndome mucho pensando en la cara que pondrá Ganner.

El joven se apeó y ella se situó tras el volante, con la vista fija en el espejo retrovisor.

Brix caminó hacia atrás unos cuantos pasos y se detuvo al borde de la acera, como si se sintiese muy interesado en contemplar el tráfico que había en aquellos momentos.

A poca distancia, divisó parado un coche, a cuyo volante se hallaba un sujeto que no

supo reconocerle. Los dedos de Diggon tabaleaban en el volante, como si se acompañase la canción que bisbiseaba con el movimiento de sus labios.

De pronto, tres hombres salieron de una cafetería cercana.

Count Wilmont iba en el centro, portador de una pesada cartera de mano. Los otros dos le flanqueaban ceñudamente, mirando a todas partes con aire suspicaz. Ninguno de ellos se fijó en el bigotudo miope que parecía estar aguardando el mejor momento para cruzar la calle.

Las espaldas de los hampones quedaron ante los ojos de Brix. Entonces, el joven, con gesto increíblemente veloz, dio un salto hacia adelante y sujetó un gancho al asa de la cartera.

El gancho estaba unido a un hilo de pescar, de excepcional resistencia, y éste a la zaga de su coche. Apenas realizada la operación. Brix dio un salto hacia atrás y agitó la mano derecha.

Tania arrancó de inmediato. Wilmont sintió un fortísimo tirón en el asa de la cartera.

Cuando quiso resistirse, ya la había perdido y la vio arrastrarse velozmente por el suelo.

Aulló ferozmente y sus compañeros volvieron la cabeza. Wilmont, sin embargo, reaccionó rápidamente y se coló de un salto en el coche.

—¡Síguela. Bart! —rugió.

Diggon pisó el acelerador y el coche se puso en movimiento. Diez metros más adelante, las cuatro ruedas se deshincharon simultáneamente y las llantas se apoyaron en el asfalto.

El coche que arrastraba la cartera viró en la esquina próxima. Tania lo detuvo a veinte metros. Alguien se destacó de la acera, cortó el hilo

con unos alicates, agarró la cartera y la arrojó al interior del coche. Luego, el hombre desapareció y ella continuó su camino.

Mientras, cuatro desconcertados individuos estaban en el mismo lugar, contemplando desanimadamente un coche inservible por el momento. Brix se hallaba a prudente distancia, sonriendo satisfecho bajo el falso bigote que adornaba su labio superior.

Al cabo de unos momentos, encendió un cigarro y, placenteramente, sin mostrar ninguna prisa, se alejó de aquellos parajes con toda tranquilidad.

CAPITULO X

Terminó de contar el dinero y lanzó una alegre carcajada.

—Casi nueve mil quinientos dólares. No está mal, ¿verdad?

Tania sonrió.

—Ganner se va a dar a todos los diablos cuando lo sepa —dijo—. Pero ¿quién es el tipo que me puso la cartera dentro del coche?

—Ed Groveland, un amigo con manos de ángel para la mecánica. El fue quien me arregló el lanzahumos del coche.

—Le habías avisado...

—Y accedió a colaborar con mucho gusto. Tiene que pagar trescientos mensuales a ese tiburón que es Ganner. Pero lo mejor de todo es... —Brix blandió la libreta que Wilmont había guardado imprudentemente en la cartera—. ¿Lo comprendes?

—Ya tienes dos libretas —dijo ella—. ¿Falta alguna más?

—Probablemente, otras dos, por lo menos. Pero creo que con estas dos que tengo yo será suficiente. A Ganner le interesará mucho rescatarlas.

—¿Piensas proponérselo?

—Mañana mismo, si me es posible —contestó él.

—Le pedirás algo a cambio, supongo.

—Sí, aunque debes permitir que me reserve la respuesta. Ya lo sabrás en su momento.

—Muy bien, como quieras. Ahora, por favor, dime, ¿qué piensas hacer con ese dinero?

Brix entornó los ojos.

—En lo que a mí respecta, he saldado cuentas —repuso—. Sin embargo, hay gente que ha perdido bastante dinero a causa de las tropelías de Ganner. Procuraré compensarles en la medida de lo posible.

Tania sonrió.

—Catto. ¿sabes que estás desempeñando el papel de bandido generoso? Robas a los ricos, para dárselo a los pobres...

—Robo a un ladrón, para devolvérselo, en lo que cabe, a sus legítimos propietarios, lo cual es muy distinto. Y no te creas nunca la leyenda de los bandidos generosos. La mayoría eran unos desaprensivos. Si robaban mil, por ejemplo, daban cien y se quedaban novecientos. Gastos de propaganda, simplemente, pero ellos se daban la buena vida de los ricos y los pobres seguían siendo pobres.

—Me siento decepcionada. Acabas de destruir un mito en el que siempre creí —dijo ella con fingido pesar.

—Este mundo de hoy día no es muy propenso a los mitos. Conviene ser escéptico en muchas ocasiones, encanto. Bien, creo que ha llegado la hora de que nos tomemos una copa para celebrarlo. Espera un momento, por favor.

Brix cerró la cartera y abandonó la sala, para volver a poco con una botella de champaña en un cubo con hielo y dos copas. Llenó éstas, dio una a la joven y levantó la suya.

—Vamos a brindar —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Tama.

—Por nosotros dos, naturalmente.

Ella tomó un sorbo de champaña y luego le miró por encima de la copa.

—Catto, ¿qué te propones? —quiso saber.

Brix dejó su copa a un lado, retiró la que ella tenía en la mano y, después de abrazarla, la besó ardientemente.

Durante unos segundos. Tania se dejó llevar por el hechizo del momento. Luego reaccionó y se separó un poco.

—Ahora ya sé lo que pretendes. Catto —dijo, con ojos muy brillantes.

—¿Vas a reprochármelo?

—Eres un hombre. Yo soy una mujer. La mujer, en estas circunstancias, suele salir perdiendo.

—¿Por qué, Tania?

—Yo miro un poco más lejos, más allá de unos momentos de pasión...

—Lo siento, a mi no me gusta pensar en el futuro en determinadas circunstancias.

—Si, ya lo veo.

Tania se puso en pie y agarró su bolso.

—De todos modos, me gusta haberte ayudado —agregó.

Brix se quedó en el mismo sitio y ella se marchó. El joven meneó la cabeza.

—Lástima —suspiró—. Tan hermosa...

Pero, en cierto modo, le agradaba el comportamiento de la joven.

Inesperadamente, llamaron a la puerta.

Levantó la cabeza. La llamada se repitió.

Lentamente, se puso en pie, atravesó la sala y abrió. Tania le miró desde el umbral.

—Creo que he cambiado de forma de pensar, Catto —dijo.

Las cejas del joven se alzaron. Ella continuó...

—A veces... conviene no pensar en el futuro...

Brix sonrió. Agarró la mano de la joven y tiró de ella hacia adentro.

—Ven —dijo—. Tal vez. a pesar de todo, empecemos a pensar en nuestro porvenir, pero sin prisas, sin precipitación...

—Sin embargo, tengo mucho miedo y hay momentos en que desearía abandonases todo esto —dijo ella mucho más tarde, con la cabeza apoyada en el amplio pecho de Brix.

—No tardaré mucho en dejarlo, te lo prometo —contestó él—, Pero antes he de conseguir que Ganner deje de ser un peligro.

—Mientras llega ese momento, no viviré, Catto.

Brix se inclinó sobre ella y la besó ardientemente.

—Sí, vas a vivir... Vas a vivir... como no puedes imaginarte siquiera.

* * *

Count Wilmont parpadeó asombrado al reconocer a su inesperado visitante. Luego reaccionó y quiso echar mano a la pistola que llevaba bajo el sobaco, pero Brix levantó la mano derecha.

—Paz, hermano —dijo—. He venido en son de paz.

—Me están entrando ganas de pegarle cuatro tiros aquí mismo...

—No lo harás, muchacho, no te conviene. Tu propio jefe haría que te «apiolasen»

después, si me mataren sin haberme permitido hablar con él. Anda y anúnciame, por favor.

Wilmont retiró la mano y lanzó un gruñido:

—Está bien, pero un día me desquitaré de la jugarreta que me gastó hace un par de días. Volveremos a vernos... «hermano».

—Sí, seguro —contestó el joven con indiferencia.

El hampón se marchó, para volver a los pocos momentos.

—Puede pasar —dijo—. Oiga, ¿qué lleva en esa cartera? ¡Es la mía! —chilló repentinamente— La que me robaron hace dos días...

Brix apretó el portafolios contra su pecho.

—Las manos quietas —exclamó—. Sólo tu jefe debe ver lo que hay dentro. Luego te devolverá la cartera, no te preocupes.

Wilmont se resignó. Momentos después, Brix se hallaba frente a

Ganner, éste sentado tras su lujosa mesa de despacho, sobre la que el joven puso el portafolios, aunque sin soltar el asa en ningún momento.

—He venido a proponerle un trato, Phil —dijo con toda desenvoltura.

Ganner pareció quedarse sin habla.

—¡Un trato! —barbotó a los pocos momentos—. Usted... tiene la desfachatez de proponerme un trato... cuando yo podría destruirle con sólo levantar un dedo...

Brix se echó a reír.

—¿Cuántas veces ha levantado el dedo? Primero envié a Corkey, pero éste fue a otra estación término, aquella donde terminan todos los viajes en este mundo: el cementerio.

Luego envié a los «Gemelos de Hierro» y uno de ellos murió. Ha perdido a varios miembros de su «gang», por ejemplo, el que asesinó a Lamarr; también a Drake Sitt y Carp Blackson y los que se cargaron a Pabst. No se puede decir que su guerra contra mí haya sido un éxito precisamente. Aparte de las bajas, ha perdido un montón de dinero y...

¿continúo, Phil?

Ganner emitió una interjección en voz baja, Luego elevó el tono:

—Está bien, quizá me convenga ese trato. Hable, Brix.

—Le envié una cinta grabada, ¿recuerda?

El sujeto volvió a maldecir.

—De todas formas, creo que me precipité. Esa cinta no probaba nada contra mí, incluso, guardando usted una copia, como supongo que hizo.

—Supone bien, pero la Policía habría podido ponerle en un aprieto. Usted lo sabía o, de lo contrario, no habría ordenado asesinar a Pabst.

—El viejo estúpido... Perdió la cabeza... No tenía por qué haber matado a aquella pobre chica...

—El caso es que la mató y yo no podía perdonárselo. Pero, además, tengo otras cosas en mi poder. Están aquí, dentro de la cartera.

—¡El dinero! —gritó Ganner

—No sea estúpido. Usted ya no verá ese dinero, conseguido ilegalmente, por medios que no es necesario mencionar. Me refiero a las libretas, la de Lamarr y la de Wilmont.

El rostro de Ganner se congestionó.

—¡Las tiene usted! —aulló.

—¿Acaso esperaba otra cosa? —se burló el joven.

Sobrevino un instante de silencio. Al fin, Ganner pareció calmarse un tanto.

—Está bien. ¿Qué quiere? —preguntó.

—Usted tiene unas fotografías. Démelas, con los negativos.

—Supongo que se refiere a Tania Overhouse.

—Sí.

—¿Qué me dará usted a cambio?

Brix abrió el portafolios y sacó dos libretas de tapas negras, que tiró sobre la mesa.

—El original de la cinta grabada —añadió Ganner.

El cartucho de cinta se unió a las libretas. Entonces, Ganner se levantó y fue a una caja fuerte, que abrió y de la que extrajo momentos después un sobre de gran tamaño, que puso en manos del joven.

—Compruébelo —dijo.

—Gracias, no es necesario... por ahora. Pero si veo que me ha engañado, le haré pagar..

—Están las fotografías y los negativos y no hay copias —aseguró Ganner.

—Acepto su palabra. Pero esto no ha terminado aún.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué más quiere, Brix?

—El nombre de su jefe.

Ganner calló un instante. Luego, de pronto, rompió a reír

estruendosamente.

Brix se sintió desconcertado. ¿Por qué se reía tanto aquel sujeto?

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Ganner. Al cabo de unos momentos, consiguió serenarse, sacó un pañuelo y se enjugó los ojos.

—Váyase, Brix, váyase —dijo—. Eso es algo que no le diré nunca, por más que se esfuerce.

—En tal caso, debe tener en cuenta que nuestra guerra no ha terminado todavía.

—Terminará antes de lo que se imagina, puedo asegurárselo.

Brix ya no dijo nada más. Dio media vuelta y abandonó la estancia.

Momentos después, Ganner tocó un timbre. Diggon apareció en el acto.

—¿Jefe?

—Tengo que darle un encargo, Bart. Suelta a Hott Reisen.

Diggon hizo un gesto de sorpresa.

—Tiene ganas de desquitarse, pero...

—Ahora estará prevenido. No se dejará sorprender, como sucedió la otra vez. ¡Suelta a esa fiera. Bart! Ya sabes a qué me refiero, naturalmente.

Diggon sonrió malignamente. También él tenía ganas de desquitarse de Brix.

—Será un placer, jefe —contestó.

* * *

Tania entró, dejó el bolso a un lado y luego tomó asombrada el sobre que le entregaba Brix.

—Lo has conseguido —dijo.

—Resultó más fácil de lo que esperaba —sonrió Brix, mientras mordía la punta de un

cigarro.

Ella guardó silencio unos momentos. Luego se volvió de espaldas a él. abrió el sobre y examinó atentamente su contenido.

—¿Las has visto. Catto? —preguntó, pasados unos momentos.

—No. Tania.

—No sé cómo darte las gracias por tu discreción...

—¿Para qué iba a ver las reproducciones de un original que puedo contemplar siempre que quiera? —contestó él desenvueltamente.

—¡Oh! —Tania se enfureció—. De modo que no había tal discreción...

—Con la mano derecha, sin soltar el sobre, agarró un jarrón y se dispuso a tirárselo a la cabeza—. Me dan ganas de...

Brix no se inmutó.

—La chimenea funciona perfectamente —indicó.

Ella tenía los labios apretados. Al cabo de unos momentos, sin embargo, se echó a reír.

—No sé cómo lo consigues. Catto. Hay momentos en que me parece odiarte a muerte, pero luego pienso en que...

—En que no hay otro como yo, ¿verdad?

—No eres ciertamente modesto —le reprochó ella.

—Contigo no tengo necesidad de serlo, encanto. Anda, quema las fotografías. Te prepararé una copa mientras tanto.

—Prefiero café, si no te importa.

—Sólo deseo complacer el menor de tus caprichos —respondió él.

Más tarde, se sentaron en el diván, con las cabezas muy juntas.

—Bueno, ya me siento un poco más tranquila —suspiró ella—. Pero no me gusta demasiado que consiguieras las fotografías a cambio de las libretas y la cinta grabada.

—Oh, no te preocupes por eso. Hice fotocopias de cada página de la libreta y tengo otra copia de la cinta. Con tipos como Ganner no se

puede jugar limpio, especialmente, porque se niega a decirme el nombre de su jefe.

—No quiso soltarlo, ¿eh?

—Se negó en redondo...

Brix calló repentinamente. Ella le miró con interés.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó.

—Estaba recordando algo... Cuando le pregunté a Ganner el nombre de su jefe, se echó a reír de tal modo, que se le saltaron las lágrimas, así como suena. No lo entiendo, since-ramente; esa pregunta no es ningún motivo de hilaridad, creo yo.

—Tal vez es porque ese jefe es alguien tan conocido, que ni siquiera eres capaz de imaginarte quién es —supuso la joven.

—Es muy posible —convino Brix—, De todos modos, acabaré por saberlo. Ah, hay otra cosa que deseo decirte y me gustaría contar con tu aprobación.

—Me sorprendes, Catto. ¿Desde cuándo necesitas mi permiso para hacer lo que te conviene?

—En este caso, sí. Iba a referirme al esposo de Polly. Va a salir muy pronto de la cárcel.

Me pareció una excelente persona, aunque, desde luego, debió haberse confiado a su esposa. Yo, al menos, lo habría hecho así. Tania.

—Pero tengo entendido que Polly era una mujer de muy estrictos principios, en según que asuntos —dijo Tania.

—Sí, eso es cierto. De todos modos, como digo, me pareció un buen hombre. Lo que quiero decirte es que pienso darle una cierta cantidad, para que rehaga su vida, después de ser puesto en libertad.

—Una especie de indemnización por la muerte de su esposa.

—Sí, eso es, cariño.

—Me parece muy bien —aprobó Tania—. Y en vista de tu noble actitud, te voy a premiar con un beso.

—Es un premio muy pobre —se quejó él.

—Los hombres... Les das una mano y quieren el resto...

Brix se inclinó hacia ella para besarla.

—No te resistas jamás a ciertos impulsos biológicos —murmuró, en el mismo instante en que sonaba el timbre de la puerta.

CAPITULO XI

Brix se separó, desconcertado.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Tania.

—No, en absoluto.

La llamada se repitió. Brix se puso en pie y agitó una mano.

—Escóndete —ordenó.

Tania corrió hacia la puerta del dormitorio y quedó al otro lado, aunque manteniendo abierta una rendija, a fin de observar lo que sucedía en la sala. Desde allí, vio al joven que se acercaba a la puerta, pero, antes de llegar, advirtió que hacía algo, inclinándose hacia el suelo, para tocar con la mano determinado punto del pavimento de «parquet».

Luego. Brix fue a la puerta y la abrió.

—Hola —sonrió Hott Reisen en el umbral.

Tania contuvo un grito de terror. Esta vez. Pensó, Reisen no se dejaría sorprender tan fácilmente.

Brix retrocedió unos cuantos pasos en sentido oblicuo.

—No esperaba su visita. Hott —manifestó.

—Era algo obligado, ¿no le parece?

Reisen entró y cerró la puerta con todo cuidado. Luego dirigió al joven una venenosa sonrisa.

—Supongo que adivina a qué he venido —dijo.

—Sí, me lo imagino fácilmente. Hott.

—Bien, esta vez no habrá sorpresas. Usted es fuerte, pero no posee mis habilidades. Voy a darme el gusto de romperle antes unos cuantos huesos. Cuando me canse de oír chasquidos, le romperé el cuello.

—Será horrible —dijo Brix.

—Puede asegurarlo.

Reisen dio un paso hacia adelante. El pie derecho se hundió repentinamente en el suelo, al mismo tiempo que dos tablas, unidas a lo largo, se levantaban rápidamente hacia arriba.

El hampón recibió el impacto en pleno rostro, ya que, sorprendido, había empezado a caer hacia adelante, un rugido de furor brotó de sus labios, a la vez que manoteaba frenéticamente para intentar recobrar el equilibrio.

Brix no le dejó recuperarse. Acercándosele por un costado. le golpeó en el cuello con el canto de la mano. Reisen se desplomó, fulminado.

Tania apareció, con los ojos dilatados por el asombro.

—¿Debo creer en lo que he visto? —preguntó.

—¿Te ha gustado?

—Parecía de película cómica, de los tiempos del cine mudo...

—Estos filmes son una fuente de inspiración —respondió él—. Por eso preparé las dos tablas que, naturalmente, están sujetas mientras no hay peligro.

—Bien, ¿y qué vas a hacer ahora con ese hombre?

—Lo verás muy pronto

Minutos más tarde. Reisen estaba sólidamente atado y amordazado. Cuando empezaba a despertar, pero antes de que se hubiese recobrado por completo. Brix le dio a beber un vaso de agua.

Reisen lo vació sin darse cuenta de lo que hacía, Brix le dio unas palmaditas en las mejillas:

—Animo, muchacho, pronto te sentirás como nuevo —dijo.

Reisen empezó a recuperarse y entonces se percató de que no podía moverse. Un rugido de furor brotó de sus labios.

—Me las pagaré, juro que volveré a verle y entonces...

—Sí, dicen que no hay dos sin tres —contestó el joven placenteramente.

Encendió un cigarro. Reisen le miraba entre asombrado y colérico.

—¿A qué espera ahora? —preguntó.

—Espero tu primer bostezo

—No tengo sueño.

—Lo tendrás antes de cinco minutos.

Tania tuvo que apretar los labios para no echarse a reír. Ahora comprendía, que había un sedante en el agua que Brix había hecho beber a Reisen.

El hampón no bostezó, pero antes de cinco minutos estaba profundamente dormido.

Sonriendo. Brix se encaminó al teléfono.

—Vamos a ver sí terminamos la fiesta como de debe —dijo.

Levantó el auricular, pero, de repente, se quedó rígido, inmóvil como una estatua.

Tania se asustó.

—¡Catto! ¿Qué te sucede?

Brix permaneció en la misma postura durante unos segundos. Luego, una sonrisa indefinible asomó a sus labios.

—Claro que tiene que ser eso —dijo, como si hablara consigo mismo—. No puede ser de otro modo...

—¡Por el amor de Dios! —rogó Tania crispadamente— Háblame de una vez. Catto, dime qué es lo que sucede...

—Nada. Simplemente, he averiguado los motivos de la risa de Ganner.

—¿De qué se reía. Catto?

—Te lo contaré en otro momento. Creo estar seguro de ello... pero deseo confirmarlo.

Ahora, permíteme que haga una llamada al dueño de una agencia de transportes. Es un negocio modesto y sólo transporta mercancías dentro de la ciudad, pero tiene que pagar casi quinientos dólares mensuales al ladrón de Ganner y no le importará que lo despierte a deshoras.

La furgoneta se detuvo ante la puerta de servicio y sus dos ocupantes se apearon, dirigiéndose inmediatamente a la parte posterior. Abrieron las puertas y extrajeron una caja de madera, de forma alargada.

Uno de ellos llamó a la puerta. Diggon, con los ojos cargados de sueño, abrió a los pocos momentos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Aparte, hermano —dijo el transportista—. Traemos un encargo para el señor Ganner.

—El señor Ganner, que yo sepa, no ha pedido nada...

—A nosotros no nos cuente nada. Nos han mandado traer esta caja aquí y eso es lo que importa. Vamos. Pete, levanta por tu lado.

Los dos hombres entraron la caja y la dejaron en el suelo del pasillo. El transportista sacó una libreta y un lápiz y se los presentó a Diggon.

—Firme, hermano.

Diggon, asombrado, obedeció maquinalmente. Cuando quiso darse cuenta, el transportista y su ayudante habían desaparecido.

Contempló la caja con asombro. Parecía un ataúd, pero era un embalaje de madera muy bien realizado. En la etiqueta, aparte del destinatario, había una indicación: CONTIE-NE OBJETOS DE DECORACION TRATESE CON CUIDADO.

Rascándose la cabeza, lleno de perplejidad, fue a despertar a su jefe. Ganner le acogió lanzando mil improperios, pero cuando se enteró de lo que sucedía, empezó a sentirse intrigado y se levantó de la cama.

Envuelto en una bata, descendió a la planta inferior. El Gordo y Wilmont se habían unido a ellos, atraídos por la curiosidad.

—Yo no he comprado ningún objeto de decoración —rezongó Ganner.

—Los de la agencia de transportes no saben nada —declaró Diggon.

—Eso es alguien que quiere gastarme una broma. . Abre esa maldita caja de una vez...

Diggon y el Gordo obedecieron. La tapa podía girar a un lado y cuando hubieran roto los precintos y la levantaron, contemplaron un espectáculo singular.

Tendido sobre una estrecha colchoneta, con la cabeza en una almohada, Reisen dormía plácidamente, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Diggon creyó que a su jefe le iba a dar un ataque de locura. Ganner se enfureció terriblemente y acabó por asestar un terrible puntapié al cajón, pero se olvidó de que sólo llevaba una blanda zapatilla y empezó a dar saltos sobre el otro pie, a la vez que profería espantosas imprecaciones, entre las que se mezclaban los quejidos con las expresiones acerca de lo que iba a hacer con Brix cuando le pusiera la mano encima.

Los hampones apenas si podían contener la risa. Se daban cuenta claramente de que su jefe había sido derrotado una vez más, pero en aquella ocasión y aun a su pesar, no podían por menos de admirar el ingenio de Brix-,

—Es un demonio y empieza a caerme simpático —dijo Diggon a media voz.

Pero no se atrevió a decírselo a Ganner, temeroso de sus represalias.

* * *

Estaban sentados en la barra de una cafetería, tomando unas cervezas, cuando alguien

se sentó a la izquierda de Diggon.

—Parecéis dos gallinas mojadas —comentó Brix.

Tania se sentó a su lado. Conocía los propósitos del joven en parte y no quería perderse aquella entrevista.

—Usted —gruñó Diggon—, Parece haberse convertido en nuestra sombra...

—Yo no empecé esta guerra, Bart —contestó el joven—. La sabes muy bien. Y a ti te digo lo mismo. Gordo.

Emil asintió con un graznido.

—Sí —dijo escuetamente.

—Ganner, supongo, recibió mi obsequio —sonrió el joven.

—No tiene idea de cómo se puso. Parecía loco —repuso Diggon.

—Me lo imagino. ¿Qué dijo Reisen cuando se despertó?

—¡Uf! Había que oírle... Oiga, Brix, en su lugar, yo tendría mucho cuidado con esa serpiente de dos patas.

—Lo sé, no te preocupes. Ahora, por favor, ¿quieres decirme cuánto te paga Ganner?

Diggon respingó.

—Eso no es cosa que le interese —respondió desabridamente.

—A mí, no, desde luego —dijo Brix sin inmutarse—, Pero si yo estuviese en tu lugar, empezaría a pensar por qué cobro solamente mil cuando podría cobrar quinientos más. O

quizá dos mil.

—El sueldo no es demasiado alto, en efecto —convino Diggon, pensativo—, pero hay trabajos peores y, además, no tenemos que preocuparnos del alojamiento ni de la comida...

—Aun así, tendría que pagaros al menos el doble. ¿Qué dices tú. Emil?

—Yo cobro mil quinientos —rezongó el Gordo—, Lo mismo que Bart.

—Entonces, os roba mil, por lo menos.

—¿Cómo diablos sabe usted...? —preguntó Diggon, intrigado.

—Bart, alguna vez Ganner os ha dicho que tiene que dar al jefe una parte de las ganancias.

—Sí, es cierto.

—Pero ¿quién ha visto al jefe alguna vez? ¿Se sabe quién es? Con el tiempo que lleváis trabajando para Ganner, ¿no habéis sido capaces de verle nunca hablando con alguien que os pueda parecer es ese jefe misterioso al que nadie conoce? ¿Le habéis oído hablar alguna vez por teléfono con ese desconocido personaje?

Diggon y el Gordo cambiaron una mirada.

—Oye —dijo el primero—. ¿sabes que es posible que este chico tenga razón?

Emil se acarició pensativamente el sedoso mentón.

—Nunca hemos visto a ese tipo. Ganner siempre dice «el jefe por aquí», «el jefe por allá», pero es cierto: jamás le hemos visto ni de lejos.

—Está bien claro, Ganner es el jefe y si se ha inventado a ese personaje, es para ganar más dinero a vuestra costa —dijo Brix intencionadamente—. Incluso, a veces, se permite el lujo de mostrarse benévolo, cuando dijo que él no había ordenado a Corkey que me tirase del tren en marcha. Pero, en vuestro lugar, yo iría a ver a Ganner y le haría poner las cartas boca arriba.

Brix se apeó del taburete y lanzó unos billetes sobre el mostrador.

—Pago el gasto —se despidió.

En la calle, Tania le miró con aprensión y admiración a la vez.

—Catto, ¿estás seguro...?

—Tiene que ser de esa manera; no puede suceder de otra —contestó él firmemente.

—Puede ser que tengas razón —admitió ella—. Pero ¿qué va a ocurrir ahora?

Brix agarró su brazo y la empujó hacia el coche.

—Ah, eso es cosa de ellos —contestó alegremente.

CAPITULO XII

Sonó el teléfono. Brix lo levantó y dijo su nombre.

—Soy Ganner —manifestó el hombre que estaba al otro lado de la línea.

—Ah. Phil, encantado de oírle. ¿Le sucede algo?

—Quiero hablar con usted.

—¿Por qué?

—Necesito decirle algo importante... A solas.

—¡Hum! Eso no me gusta. Huele a encerrona, Phil.

—¿Me tiene miedo? Usted, tan valiente y tan astuto, ¿va a decirme ahora que me teme?

—Sólo el necio no teme a su enemigo, aunque sea más fuerte que éste
—respondió Brix sentenciosamente.

—Eso lo dice la Biblia, ¿no?

—Si no lo dice, merecería decirlo. Phil.

—Catto, estoy aguardando una respuesta.

—Si contestase negativamente, ¿qué haría usted?

—Tarde o temprano, tendríamos que enfrentarnos. ¿Por qué retrasar lo inevitable?

—Phil, esto se está pareciendo mucho a un duelo entre dos pistoleros del Salvaje Oeste, y yo no tengo nada de pistolero, ni sé usar las armas. Pero creo que por primera vez ha dicho algo sensato. No conviene retrasar nuestro encuentro. ¿Cuáles son sus condiciones?

—Venga a mi casa esta noche. El club está cerrado por descanso semanal.

—¿Hora?

—Estaré aguardándole a partir de la puesta del sol.

Brix se echó a reír.

—Lo dicho: parece un duelo entre pistoleros. Bien, iré a la noche y conversaremos por última vez.

—Eso mismo pienso yo. Hasta luego, Catto.

Brix colgó el teléfono pensativamente. Al cabo de unos momentos, se volvió hacia Tania.

La joven había escuchado solamente la mitad del diálogo. Muy preocupada, miró a Brix con rostro aprensivo.

—Debo deducir que vas a ir a entrevistarte con Ganner —dijo.

—Sí.

—¿Desarmado?

—Si va a tenderme una trampa, ¿de qué me serviría una pistola? Sé cómo se aprieta el gatillo, pero nada más. No sería capaz de darle a un barril a cuatro pasos de distancia.

—Tampoco creo que él tenga mejor puntería.

—No, pero tiene esbirros y éstos sí saben manejar las armas.

—Puedo avisar a la policía...

—No, sería inútil. Ganner se negaría a la entrevista y la policía no tiene por ahora motivos legales para arrestarlo. Lo único que conseguirías sería demorar la entrevista y, francamente, quiero acabar de una vez por todas con este asunto.

—¿Podrás hacerlo, Catto?

Brix sonrió, mientras levantaba el teléfono.

—Creo que sí —respondió. Marcó un número, aguardó unos momentos y luego dijo—:

¿Bart? Soy Brix... Muy bien, me encuentro perfectamente, muchas gracias. Sólo quería preguntarle una cosa... ¿Ha reflexionado sobre lo que le dije esta tarde? ¿Cómo?

¿Empieza a pensar que tengo razón? Supongo que lo habrá comentado con los otros...

¿Sí? Ah, eso es estupendo. Bueno, yo creo que...

El joven se interrumpió un momento, mientras escuchaba lo que el otro tenía que decirle. Cuando Diggon hubo terminado, sonrió anchamente.

—Me parece magnífico, Bart. Tiene usted toda la razón del mundo; es preciso poner las cartas boca arriba y hablar con toda franqueza. Gracias, muchacho.

Tania se levantó vivamente al ver que Brix colgaba el teléfono.

—¿Qué ha dicho ese rufián? —preguntó.

Una amplia sonrisa apareció en los labios de Brix.

—Esta noche piensan hacerle unas cuantas preguntas a su jefe —respondió.

—Oh...

—Se trata de un asunto de orden... digamos laboral. Establecer unas nuevas condiciones económicas, en suma, y percibir algunos atrasos.

Tania parpadeó.

—No entiendo. Catto.

Brix le dio un par de palmaditas en la mejilla.

—Esta misma noche terminaré de explicártelo —dijo.

—No hará falta. Como iré contigo...

—Ahí sí que te equivocas. Ya has hecho demasiado y no quiero que esa ancianita de cabellos blancos como la nieve derrame lágrimas por ti.

—Mi madre murió hace algún tiempo —exclamó ella, muy sorprendida.

—Pero la mía no, y tiene muchos deseos de conocer a la futura madre de sus nietos.

Tania, no permitiré en absoluto que te muevas de casa. Y si es preciso, te amararé a un sillón. ¿Entendido?

Ella sonrió.

—¿Siempre eres así de enérgico con las mujeres?

—Cuando nos hayamos casado, permitiré que lleves los pantalones. Pero ahora, todavía mando yo.

Tania se acercó y le besó suavemente en los labios.

—No te expongas, Catto —rogó.

—Pienso volver muy pronto —aseguró él.

Ganner terminó de preparar el escenario y miró satisfecho a su alrededor. Había algunos papeles en el suelo y también bastantes billetes esparcidos al pie de la caja fuerte, cuya puerta aparecía abierta. Todo resultaría perfecto, se dijo, mientras comprobaba la carga del revólver que tenía en las manos.

Un ladrón había intentado robarle y le había sorprendido con las manos en la masa.

Cuando el sujeto quiso atacarle, él no tuvo otro remedio que defenderse...

Guardó el revólver en la pretina del pantalón y luego consultó la hora. Brix ya no tardaría mucho en llegar, calculó. Era de noche y tenía la seguridad de que el hombre que tantos quebraderos de cabeza le había ocasionado no faltaría a la cita.

Salió del despacho, sin darse cuenta de que había un par de ojos que le contemplaban desde el otro lado de los vidrios. A los pocos segundos, Brix levantó el bastidor de la ventana y pasó al otro lado.

Con mirada crítica contempló el estado de la habitación y comprendió la astucia de Ganner. Era una bonita manera de deshacerse de un hombre, se dijo, mientras cruzaba de puntillas el despacho.

Abrió con todo cuidado. La casa estaba completamente desierta. Las mesas de juego aparecían enfundadas. Las luces habían sido reducidas al mínimo.

Reinaba un silencio sepulcral. Había muchos rincones en sombras, donde un hombre podía esconderse con toda facilidad.

Ganner se hallaba en el gran vestíbulo, frente a la puerta principal, contemplando el reloj de cuando en cuando. Parecía muy nervioso e impaciente, pensó Brix.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, se oyeron voces que procedían de la entrada secundaria.

Ganner, alarmado, se volvió. Brix procuró ocultarse tras una de las altas columnas que sostenían el techo del vestíbulo.

Un tropel de gente irrumpió en el lugar. Brix reconoció a Diggon, a Emil *el Gordo*, a Wilmont... También estaban allí Tewen Lark y unos cuantos de sus secuaces, y ninguno de ellos sonreía.

—¿Qué diablos pasa? —exclamó Ganner, enojado—. Es día de fiesta, no llamé a nadie aquí...

—Phil, queremos hablar muy seriamente contigo —manifestó Lark.

—En otro momento. Ahora estoy esperando una visita. No quiero testigos por ahora.

—Tiene que ser en este mismo instante —insistió Lark.

—Pero, ¿qué diablos os pasa? ¿Por qué venís todos a estas horas? ¿No podíais aguardar a mañana? —dijo Ganner, vagamente aprensivo.

Repentinamente, Brix percibió un ligero movimiento a su izquierda y volvió la cabeza.

Un hombre, armado con una pistola, se deslizó silenciosamente hasta situarse al otro lado de la columna, y apuntó con el arma a Ganner. El joven, rápidamente, agarró aquella muñeca y la hizo bajar hacia el suelo.

—No lo haga —siseó—. No se comprometa estúpidamente. Ganner no se merece que usted se pase en la cárcel el resto de sus días.

—Mató a Polly —dijo Olden rabiosamente.

—Aunque no lo hizo él directamente, merece ser castigado, en efecto, pero otros se encargarán de ello. Quédese quieto y escuche.

Olden, impresionado, obedeció Brix volvió a mirar hacia el lugar donde se desarrollaba la escena.

Lark apuntó a Ganner con el índice.

—Te lo diré con toda claridad, Phil. Nos has engañado durante años enteros, con el

cuento de un jefe que no existía sino en tu imaginación. De este modo, nos dabas menos de lo que realmente correspondía, con la excusa de tener que entregar grandes sumas a ese jefe inexistente.

—Y queremos recobrar lo que nos debe —añadió Diggon audazmente.

—Pero..., pero eso es absurdo... —Ganner intentó una tímida protesta, pálido y sudoroso—. Yo..., el jefe es...

—¡No te creemos, Phil! —aulló Lark.

—Pague lo que nos ha robado —gritó El Gordo.

—Empiezo a creer que Jim Lamarr sabía lo que se hacía cuando se quedó con aquel dinero —dijo Wilmont.

Ganner, amedrentado, retrocedió un paso. Algunos adivinaron que iba a sacar un arma y se dispersaron, asustada

Diggon retrocedió hasta la columna. Brix le tocó en hombro y el sujeto se volvió.

—La caja está abierta —murmuró el joven—. Lo he visto. porque iba a prepararme una trampa. Pensaba matarme y luego haría ver como que había disparado contra un ladrón.

Diggon escorizó la cabeza, vio la puerta entreabierta y divisó cierto desorden en el despacho. De súbito, lanzó un feroz aullido:

—¡Muchachos, la caja fuerte está abierta!

Se oyó un terrible griterío. Una docena de hombres se precipitaron fieramente hacia el despacho.

Ganner intentó en vano contener aquella avalancha.

—¡No, esperad...! —suplicó en vano—. Os daré mucho dinero... ¡Maldita sea! - rugió de pronto—. Tendré que conteneros a tiros...

Sacó el revólver y apretó el gatillo. El Gordo retrocedió aullando, agarrándose el brazo izquierdo con la otra mano.

Wilmont emitió un furioso juramento y sacó su pistola. Lark hizo lo mismo.

Dos armas tronaron al mismo tiempo. Alcanzado de lleno en el pecho, Ganner retrocedió, con los brazos abiertos, hasta que sus piernas chocaron contra el borde de un sillón, en el que quedó sentado. Hipó un par de veces y luego su cabeza se dobló sobre el pecho.

El tumulto en el despacho era indescriptible. Brix dio un ligero codazo a Olden.

—Será mejor que nos marchemos —propuso—. La policía no tardará en acudir. Limpie bien la pistola y tírela por cualquier rincón antes de salir. Encontrarán lógico hallar una pistola y a usted podrían ponerle en un apuro, ya que está en libertad bajo palabra.

Olden asintió. Hizo lo que le decían y contempló unos instantes al hombre cuyo imperio había sido destruido en aquellos mismos instantes.

Gran número de personas dormirían apaciblemente a partir de aquellos momentos.

Entre dientes, Brix murmuró:

—Hiciste un viaje a una estación término de la que no se sale: el cementerio.

Luego dio un golpe en el hombro a Olden y acabaron por alcanzar la calle.

Un poco más adelante. Brix se separó del otro.

—Tengo que darle algo, pero lo haré mañana —dijo—. Venga mañana a verme.

Olden le miró agradecidamente.

—Usted me ha librado de un buen lio...

—Ganner está liquidado y eso es lo que interesa. Olden, usted cometió un error hace años. No lo repita.

—Fue un momento de debilidad. Andaba un poco corto de fondos y me apoderé de un dinero que no me pertenecía.

—No. no me refería a ese error, sino al hecho de no haberse confiado a su esposa.

Olden bajó la cabeza.

—Francamente, no me atreví...

Brix entendió que no podía formular más reproches a aquel atribulado joven. Bastante cara había pagado su falta de decisión.

—Venga a verme mañana —insistió, al despedirse.

* * *

—Pero aún no me has contado del todo cómo te las arreglabas para acertar tantos plenos —dijo Tania.

Brix aguardó a encender un cigarro, después de la cena en el coche restaurante del tren en que hacían su viaje de novios. Las luces de una pequeña estación desfilaron fulgurantemente por delante de la ventanilla.

—Es cuestión de cálculo —dijo al cabo—. Cálculo del tiempo y de la actuación del *croupier*, aunque debe medirse el tiempo con diferencias de décimas de segundo.

—Entonces, por eso consultabas tanto tu cronómetro.

—Sí. Tarde o temprano, llegaba un momento en que podía medir con bastante aproximación el tiempo que tardaría la bola en llegar a una casilla, después de iniciado el giro de la ruleta. Entonces, me decidía a apostar.

—Y acertabas...

—También fallaba más de lo que piensas, no te vayas a creer.

—¿Seguirás jugando?

—No. Tenía un negocio de aparatos de precisión, me gustaba y volveré a levantarlo, ahora que por fin se puede vivir en paz. Tú me ayudarás y... Bueno, hay tiempo de sobra para discutirlo.

—Como eras —sonrió ella. Miró su anillo de casada y meneó la cabeza—. Todavía no acabo de creerme que soy la señora Brix

—Mientras viva yo, no cambiarás ese apellido —aseguró él.

De pronto, se puso rígido, pero sólo fue un instante. Tania no se percató de que su esposo había visto a alguien en el mismo coche.

Con toda naturalidad. Brix llamó al mozo y abonó la cuenta. Luego se pudo en pie.

—Tenemos un compartimento en el coche cama, ¿recuerdas?

Tania sonrió.

—Sinceramente, me empiezan a gustar los viajes en tren —dijo.

—De éste te acordarás mientras vivas —afirmó él.

Con las manos juntas, pasaron al otro vagón. Brix empujó a la joven hacia el pasillo.

—Sigue —indicó—. Yo voy un momento al lavabo.

—No tardes, cariño.

—Descuida.

Brix quedó en la plataforma. A lo lejos se divisaban las luces de una ciudad. El ruido de las ruedas del convoy resonaba monótonamente en la oscuridad de la noche.

Un hombre apareció de pronto en la plataforma. Sus ojos parecían despedir fuego.

—Brix —dijo Reisen.

El joven se volvió, sin soltar el cigarro sujeto con los dientes.

—Hola, Hott —contestó.

—Me debe algo, ¿recuerda?

—Perfectamente. ¿Fue un sueño dulce?

—El suyo va a durar eternamente.

—¿De veras?

Los dientes de Reisen chirriaron de rabia.

—Mató a mi hermano, me humilló a mí... No podré dormir tranquilo hasta que sepa que ha muerto.

—O sea, esta noche.

—Ahora mismo.

Súbitamente. Reisen emitió un breve chillido y se precipitó hacia adelante con terrible ímpetu.

En el mismo instante. Brix abrió la portezuela. La boca de Reisen se dilató al proferir un terrible grito, cuando se dio cuenta de que no podía impedir lo inevitable.

Por un momento, pareció flotar en las tinieblas como un gran pájaro. Sus ropas se agitaron y revolotearon breves instantes. Luego desapareció de la vista.

Brix cerró la portezuela de nuevo y se dirigió al pasillo de fuelle. Instantes después, llamaba a la puerta de un compartimento en el coche cama.

—¿Catto? —sonó la voz de Tania.

—Sí, cariño

—Puedes entrar, querido.

Brix abrió la puerta y cerró. El compartimento estaba casi a oscuras

—Tania.

—Estoy aquí, en la litera de arriba... Catto, me pareció oír un grito.

—¿De veras? Yo no he oído nada —mintió él con toda naturalidad. ¿Para qué contarle lo que había pasado?

—Quizá fue una ilusión mía —dijo ella—. Empezaba ya a dormirme... Oye, viajar en tren es maravilloso... Se puede dormir con toda tranquilidad. El «tra-trán» de las ruedas es...

un... sedante... estupendo

Brix, con la chaqueta en las manos, miró a su esposa, que ya tenía los ojos cerrados y respiraba apaciblemente, y toreó el gesto un instante, pero casi en seguida volvió a sonreír.

—Haga usted un viaje de novios en coche cama, para que luego su esposa le diga que tiene sueño... —murmuró, mientras empezaba a desvestirse.

En cierto modo, Tania tenía razón, se dijo luego, mientras apagaba la luz. Ahora ya podían dormir tranquilos.

F I N